

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

MATERIA VITAL

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION



BOLSIBROS
BRUGUERA
**CIENCIA
FICCION**
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

MATERIA VITAL

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION





PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

ULTIMAS OBRAS

236 — *Los bicéfalos*. Glenn Parrish.

237 — *Skylab 2005*. Curtís Garland.

238 — *Reyes del espacio*. Clark Carrados.

239 — *Enviado de los dioses*. Curtís Garland.

240 — *Las muñecas robiónicas*. Ralph Barby.

CLARK CARRADOS

MATERIA VITAL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 241

Publicación semanal

Aparece los viernes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 55.833 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1975

© Clark Carrados - 1975

texto

© Salvador Fabá - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPITULO PRIMERO

—Y es evidente, señoras y señores, que la situación energética actual de nuestro planeta, sin ser crítica todavía, ni mucho menos desesperada, sí empieza a ser inquietante, aunque en un grado ínfimo que no puede intranquilizar a nadie. Prácticamente, los recursos naturales se han agotado y, como es de suponer, no vamos a emplear como combustible los bosques que nos rodean por todas partes.

»La energía solar es mucho mejor, más poderosa y limpia que cualquier otra clase de energía, pero se necesitan más, muchísimos más satélites, situados en órbitas fijas, a treinta y seis mil kilómetros de la superficie del planeta, de modo que puedan captar la energía que se desprende del sol y reenviarla a la Tierra en forma de electricidad radiante, que pueda llegar a todos los hogares, dondequiera que estén situados. Disponemos, por ahora, de una veintena de satélites, pero son pocos; dejando de lado los dedicados meramente a la observación, se necesitarían todavía tres o cuatrocientos más, y quizá me quedo corto, a fin de que la humanidad pudiera disfrutar sin tasa de esa energía abundante y gratuita que se desprende de la fuente inagotable que es el Sol.

»Sin embargo, para que esto que acabo de decir se convierta en realidad, se necesita un material especial, inhallable en la Tierra, llamado...

—¡Hip!

El hipo de aquel sujeto que asistía a la conferencia científica fue expresado con gran sonoridad. Jeb Carr miró sonriendo a su alrededor y volvió a hipar.

Había rostros graves y ceñudos en su torno, incluyendo los de las mujeres que asistían a la reunión que, por otra parte, era televisada en directo. La mayoría de los que miraban a Carr vieron algo extraño en sus ojos, aunque ninguno supo en qué consistía aquella rara expresión de su mirada.

El conferenciante, una autoridad en energía, carraspeó un par de veces y se dispuso a continuar:

—Como decía al distinguido auditorio, y también a los televidentes que me escuchan, el problema del suministro de energía

radiante consiste...

—Consiste en que esos satélites no se alimentan con vino — tartajeó Jeb Carr.

El conferenciante abrió una boca de a palmo. Alguno se rió, pero la mayoría miraron reprobatoriamente a Jeb.

—Sí, eso es... Vino, vino de uvas, como el que inventó nuestro padre Noé. ¡Viva Noé!

Jeb Carr tenía una borrachera pantagruélica y sonreía tontamente a los que le miraban como si estuviesen delante del mismísimo Satanás.

—Vino para los satélites... —gritó, a la vez que, poniéndose en pie, iniciaba una danza indescriptible, mezcla de flamenco español y jiga escocesa—. En lugar de satélites... hay que poner barriles de vino... Jia, jia, jia...

Jeb taconeó el suelo. En la central de TV alguien cortó la emisión.

Había horror en todas las caras que habían contemplado la escena. Y era muy fácil de explicar, porque desde hacía muchísimos años no se había visto un solo borracho.

Sonidos ininteligibles brotaban de la boca de Jeb, a la vez que palmeaba atronadoramente y taconeaba el suelo con singular estrépito.

—Ajá, fu, trucutrú, tru, tru... Satélites para el vino... No, vino para el sol... El sol también bebe...

La sala de conferencias se quedó desierta. El conferenciante agarró sus papeles y se marchó.

Sobre la mesa había una jarra y un vaso. Haciendo eses, Jeb se acercó a la mesa, bebió un largo trago y luego se vertió sobre la cabeza el contenido de la jarra.

Después se sacudió como un perro mojado. Empezaba a recobrar la serenidad.

—Pues, señor..., me parece que la he pescado buena... — murmuró, empezando a darse cuenta de lo que había hecho.

Pero estaba hecho y no se arrepentía, qué diablos. ¿Era que un

ser humano no iba a tener derecho a un poco de desahogo?

Al cuerno con las leyes, gruñó, mientras salía a la calle lluviosa. Entonces pensó que si hubiera hecho buen tiempo, no se habría refugiado en aquella maldita sala de conferencias.

Había aceras deslizantes y trenes cubiertos, que transportaban gratuitamente a la gente, pero Jeb prefirió caminar a pie, aun a riesgo de empaparse de agua. Un par de guardias, envueltos en sus trajes impermeables, pasaron por su lado y le miraron recelosamente. ¿Cómo era posible que un ciudadano prefiriese caminar a pie en un día tan húmedo?

De pronto, Jeb se echó a reír. ¿Qué habrían dicho los televidentes de lo sucedido durante la conferencia? Alguno se habría desmayado de horror; no era lo mismo ver a un borracho en alguna película cultural o simplemente histórica, que verlo en la realidad. ¿Cuántos colapsos cardíacos habría provocado la emisión?

Llegó a su casa, un modesto apartamento, compuesto de salita, dormitorio y baño. La temperatura estaba regulada automáticamente de acuerdo con la del exterior.

El departamento no tenía cocina. Simplemente, en la sala, había una gran dispensadora de alimentos. Platos y vasos eran fácilmente destruibles después de su uso. En el vertedero de desechos, se les agregaba, también automáticamente, unos gramos de una sustancia química que convertía en soluble el material de que estaban fabricados. Luego, el agua se encargaba de lo demás.

Jeb se quitó la ropa, que tiró descuidadamente a un rincón. En traje de Adán fue al baño y conectó la ducha.

Lanzó una maldición. El agua salía a dieciséis grados. Inmediatamente, abandonó la ducha y empezó a secarse con aire caliente.

Según la época, así era la temperatura del agua del baño. A Jeb le hubiera gustado en aquel momento una ducha a veinticinco grados por lo menos, para, después, rebajar la temperatura a cuatro o cinco. Pero no podía ser; la Central de Ambientación Interna había dispuesto ya la temperatura que más convenía a los habitantes de los departamentos.

—Una forma como otra cualquiera de ahorrar energía —reconoció amargamente.

Tenía hambre. Fue a la máquina y pidió de comer. No sabía, ni quería saber, qué era aquella pasta alimenticia, muy energética y convenientemente vitaminada, pero de un gusto horrendo. En cuanto al líquido blanco que salió por la abertura correspondiente recibía el nombre de leche. Aunque insípido, era nutritivo, pero Jeb tenía la seguridad de que ni una sola vaca había colaborado en su composición.

—Y a cambio de darte gratis ropa, comida, casa y diversión, te exigen una obediencia absoluta —murmuró.

Disponía de televisor, pero no quiso encenderlo siquiera.

—Así ahorraré energía —dijo. En realidad, lo que quería ahorrarse era la tabarra que le darían, cualquiera que fuese el canal que conectase.

Mientras se alimentaba desganadamente —para Jeb, aquello no era comer—, sentía sobre sí fijo el objetivo de color rosado que había sobre el dintel de la puerta de entrada.

Controlaban su presencia en la casa. Dentro de unos límites razonables, su presencia en el departamento era obligatoria. Si faltaba, el objetivo lo registraría y su informe electrónico sería almacenado en un lejanísimo banco de datos personales, de incommensurables dimensiones.

De repente, se sintió poseído por una extraña cólera. Quizá, pensó más tarde, quedaban en su organismo todavía algunos restos del alcohol ingerido. Tal vez era la explosión de un subconsciente largamente reprimido. La explicación no importaba.

El caso fue que Jeb agarró una silla y rompió el objetivo de control. Luego se sintió mucho más tranquilo.

Incluso durmió a pierna suelta aquella noche. Pero a la madrugada, le despertaron inesperadamente.

Al abrir los ojos, Jeb vio a dos hombres vestidos de azul oscuro, con botones metálicos. En el lado izquierdo de cada pecho, divisó sendas placas con la insignia del Gobierno Superior

—Vístase —dijo uno de los policías con voz inexpresiva—. Está arrestado, bajo la acusación de embriaguez, falta de asistencia al trabajo y destrucción de enseres públicos.

Jeb sonrió irónicamente.

—¿Nada más? —preguntó.

Pero el guardia no quiso responder.

* * *

Tumbado en su celda, Jeb meditaba sobre las posibles consecuencias de su acción.

La ley era severa e inflexible para casos como el suyo. Jeb sabía que no podía esperar clemencia, quienquiera que fuese el acusador.

Había un televisor, cuyo altavoz desgranaba melancólicamente una monótona melopea:

«...Es de suponer que se resuelva pronto el problema de la carestía de...»

Jeb no prestaba demasiada atención a la voz del conferenciante.

«...Con lo que, en un futuro no lejano, cuatrocientos satélites, provistos de la sustancia antes aludida, enviarán al planeta una cantidad inagotable de energía radiante...»

La puerta se abrió de pronto. Jeb se incorporó.

—Juicio —anunció uno de los dos guardias que habían aparecido ante sus ojos.

Jeb siguió a los dos hombres. Por un instante, sintió la tentación de escapar, pero ¿adonde iba a ir?

Desanimado, se dejó llevar en un ascensor hasta una sala situada a muchos pisos por encima de su calabozo. Al entrar en ella, vio solamente a una mujer.

Ella vestía de negro de los pies a la cabeza. Estaba sentada tras una mesa. Delante había una silla. A la izquierda de la mujer, había una computadora. Jeb conocía bien el tipo; era una RX-40, pequeña, pero capaz de almacenar cinco trillones de datos.

La máquina era el juez. La mujer era el fiscal.

—Siéntese, acusado —dijo ella fríamente—. Guardias, retírense.

—Un juicio sin publicidad, ¿eh? —dijo Jeb.

—Soy la fiscal Elsa Cranton —se presentó ella—. Voy a acusarle de los delitos que ya conoce. La computadora está registrando el juicio. Oirá mis acusaciones y su defensa. Luego dictará su sentencia. Es la ley, Jeb Carr.

—La ley dice que todo juicio debe ser público —alegó el acusado.

—Salvo cuando las circunstancias requieran que sea privado —contestó Elsa fríamente—. Por supuesto, es la máquina la que dicta la forma en que se ha de celebrar el juicio.

—Sí, ya. ¿Ha dictado también el peinado que ha de llevar la señora, fiscal?

Elsa enrojeció vivamente. Era una mujer madura, de unos cuarenta años, pero todavía muy atractiva.

—Su nombre es Jeb Carr —dijo.

—Perdón, mi nombre es José Benedicto Carr —rectificó el acusado irónicamente.

Las manos de la fiscal hojearon la carpeta que tenía ante sí.

—Y su número de matrícula es WNT. 08-51-VII-41 —dijo—. Las cifras romanas indican una altísima calificación académica.

—Están equivocadas. Soy analfabeto.

Elsa puso cara seria.

—Si ha venido aquí a burlarse, será mejor que abandone esa actitud o solicitará de la máquina una orden de juicio *in absentia*.

—¡Atiza, latín y todo! —exclamó Jeb.

CAPITULO II

Elsa juntó las yemas de los dedos y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Por qué se emborrachó? —preguntó.

—Estaba harto —contestó Jeb.

—Harto, ¿de qué?

—Pero ¿es que no se da cuenta? Estaba harto de que mi vida se planifique desde el nacimiento a la muerte... con toda minuciosidad, incluso disponiendo las horas de las comidas, del baño..., ¡de todo! —gritó Jeb— Soy un individuo, no un borrego...

—La planificación es necesaria. El sistema económico...

—¡Al diablo con el sistema económico! Yo quiero vivir como un hombre, no ya libre, sino, simplemente, un hombre, un ser humano, ¿me entiende la señora fiscal?

Elsa seguía impasible.

—Una explicación muy poco convincente, a fe —dijo—. Pero las leyes son inexorables al respecto. Sólo así se puede progresar y hacer que los hombres y las mujeres vivan pacíficamente y sin necesidades. Economía y ahorro de energía, eso es todo.

—Son sus puntos de vista, fiscal.

—Son los puntos de vista del Gobierno Superior, acusado.

Jeb se encogió de hombros.

—Discrepamos radicalmente —contestó.

—Todavía no me ha dicho cómo se emborrachó.

—Oiga, aún nos permiten salir al campo, ¿verdad? Encontré unas parras silvestres. Reventaban de uvas. Hice mosto, lo elaboré y bebí el líquido resultante, eso es todo.

—¿Hizo vino? —preguntó ella horrorizada.

—Sí.

—Todos los alcoholes están severamente prohibidos.

Jeb soltó una risita.

—A usted le hubieran convenido un par de tragos de mi vino —dijo.

Elsa volvió a ponerse colorada.

—No soy adicta al alcohol —contestó.

—¡Tampoco yo, diablos! Pero un traguito de cuando en cuando...

—¿Qué cantidad de vino elaboró?

—Me niego a contestar a esa pregunta, señora fiscal.

—¿Teme que inutilicemos esa funesta, mercancía?

Jeb sonrió.

—Elaboré unas cuarenta botellas. Están bien escondidas —contestó.

—Puedo obligarle a...

—¿Me someterá a narcohipnosis?

—Por favor —rogó Elsa—. Su situación es muy crítica, doctor ingeniero Carr. Trate de colaborar conmigo.

—Con usted colabora una máquina. No puedo.

Elsa suspiró.

—Está poniendo las cosas muy difíciles —dijo.

—Oiga, fiscal, usted ya sabe cómo están las cosas aquí. Admito que se me fue la mano el día en que me emborraché, pero si usted hubiese estado en mí lugar...

—¿Alguna frustración?

—Sí.

—Hable.

—Denegación de permiso de matrimonio.

—¿Está enamorado?

—No, pero quiero buscar a una chica sin necesidad de ese permiso. ¿De qué diablos sirve estar enamorado si uno no puede casarse?

—Podría quedarse soltero y emplear sus energías en el servicio de la comunidad.

—¿Como usted, fiscal?

—¿Quién le ha dicho que yo...?

Jeb se echó a reír.

—Tan guapa... y soltera...

—No quise pedir nunca permiso para casarme, Mi vida está enteramente dedicada al servicio de la comunidad —dijo Elsa con acento dogmático.

—Podría haberse casado... Antiguamente, a su edad, había mujeres que ya tenían nueve y diez hijos, aunque tres o cuatro era lo corriente.

—¡Nueve o diez hijos! —se horrorizó ella—. El planeta estallaría de gente en cuatro días.

—Hay sitio de sobra para cinco mil millones más y usted lo sabe perfectamente. Sí; la planificación es necesaria, y puesto que se planifica tan bien, ¿por qué no aplicar sus beneficios a la repoblación del planeta? Con los conocimientos actuales, habiendo otros planetas habitables, ¿por qué vivir tan restrictivamente?

—Hace cuatrocientos años, se produjo lo que se llamó el estallido de población...

—Y vino una catástrofe, la Tierra fue assolada y sólo quedaron cien millones de personas o cosa así. Ahora somos cuatrocientos millones escasos. Conozco la historia, fiscal.

—No queremos que se produzca un segundo estallido de nacimientos, acusado.

Jeb se encogió de hombros.

—Seguimos discrepando —contestó indiferentemente—. Hay sitio de sobra, animales alimenticios de sobra...

—¡Anímales para comer, qué horror! —se escandalizó Elsa.

—Animales comían nuestros antepasados, no todos, claro, pero sí una gran mayoría.

—Dejemos eso. No conduce a nada, acusado.

—Como quiera, fiscal.

Elsa volvió a hojear la carpeta.

—La acusación es de embriaguez, falta de asistencia al trabajo y destrucción de enseres públicos —dijo—. ¿Admite los hechos, acusado?

—Sí.

—En tal caso, esperemos el veredicto de la computadora.

—Un juez mecánico —se burló Jeb.

Ella permanecía impasible. Ya había presionado la tecla que ponía en funcionamiento los delicados mecanismos de análisis del caso.

Momentos después, la máquina escupió una tarjeta. Elsa leyó:

—El veredicto es culpable. La computadora dicta tres sentencias, a elegir por el acusado: desaparición física, reeducación o destierro.

Jeb parpadeó.

—Destierro, ¿dónde? —preguntó.

—El planeta elegido es Skivor. Habitable y habitado y con atmósfera terrestre. Los nativos, sin embargo, son terriblemente xenófobos.

—Y se comen a los forasteros.

—No practican la antropofagia, sí eso le preocupa.

Jeb meditó un momento.

Conocía algunos casos delictivos. La mayoría habían elegido la desaparición física, porque se les hacía insoportable la idea de ser reeducados y convertidos en poco más que en vegetales con figura humana o no se habían sentido con fuerzas para ir a luchar a un planeta hostil.

La desaparición física, por supuesto, era indolora. Sin embargo, Jeb quería vivir y no precisamente hecho un robot de carne y hueso.

—Elijo el destierro —declaró al cabo.

Elsa tocó una tecla.

—Sentencia dictada...

—Un momento —exclamó Jeb—. Antes de que se dicte la sentencia, el acusado tiene derecho a hablar.

—Está bien, le escucho —accedió la fiscal.

—Deseo se me conceda un período de acondicionamiento físico y psíquico para la supervivencia en un territorio hostil. Deseo se me conceda también el derecho a llevarme un arma.

—¡Un arma! —repitió Elsa, horrorizada.

—Exactamente. Un cuchillo será más que suficiente, no tema, señora fiscal —contestó Jeb, sonriendo.

Elsa reflexionó unos momentos.

—La ley me concede cierta flexibilidad en la aplicación de la sentencia —dijo por fin—. Sus peticiones serán atendidas, Jeb Carr.

—Doy las gracias a la señora fiscal por su benevolencia. Y también me voy a permitir darle un consejo.

—¿Sí?

—¡Cásese, mujer!

La cara de Elsa se puso como la grana. Jeb lanzó una gran carcajada.

—No veo por qué tiene que reírse —dijo ella, furiosa—. A fin de cuentas, va a ser desterrado...

—¡Pero en Skivor viviré como un hombre! —gritó Jeb.

* * *

La astronave se posó lentamente en el suelo. Una escotilla se abrió y Jeb saltó al exterior. Apenas había puesto los pies en la tierra, la nave se elevó velozmente, perdiéndose de vista en contados segundos.

Jeb irguió el torso y respiró el aire a pleno pulmón. Contempló el paisaje que se extendía a su alrededor.

No era muy diferente de un paisaje terrestre de las zonas templadas. Árboles, hierba, agua... montañas a lo lejos, colinas más cerca, un par de ríos... A lo lejos brillaba algo que parecía un espejo. Sin duda se trataba de algún océano.

Con mano nerviosa oprimió el puño de su cuchillo. Era una buena arma, de treinta y cinco centímetros de hoja y un acero de dureza cercana a la del diamante. El filo parecía el de una navaja de afeitar.

El cuchillo y el simple traje de una sola pieza, con botas incorporadas, que cubría su cuerpo, era todo cuanto poseía. Podía añadir el cinturón y la funda del acero, pero eso era todo.

Por un momento pensó en la bella y severa Elsa. Cuarenta años desperdiciados, gruñó. No se sentía un dominador de las mujeres precisamente, pero Elsa debería haber dedicado un poco más de tiempo a sí misma, en lugar de aplicarse de continuo a velar por la honestidad y las buenas costumbres de la Tierra.

Claro que, pensó, Elsa tenía ambiciones políticas. Ella misma se lo había confesado el día de la despedida. Como fiscal encargado del caso, tenía la obligación de ver que se cumpliese la sentencia dictada por el juez mecánico. Elsa quería ser algo más que un simple fiscal; quería ser miembro del Gobierno Superior.

—Tal vez llegue a presidente —le dijo Jeb en el momento de la despedida.

—No me disgustaría —contestó ella francamente.

Jeb se había echado a reír.

—Bueno, voy a un sitio donde, imagino, no dejará de haber vides y uvas. Fiscal, le haré un obsequio, porque sé que ha sido comprensiva conmigo, pese a todo.

Le dijo dónde había escondido las botellas de vino. Elsa se horrorizó ante la sola idea de contemplar el líquido, pero Jeb estaba seguro de que acabaría buscando las botellas.

Caminó un centenar de pasos. Era conveniente empezar a buscar un lugar adecuado para establecer el campamento. Con el cuchillo se fabricaría armas, una lanza, arcos, flechas... Podría, incluso, buscar algún sitio en que hubiese hierro y fabricarse instrumentos de metal.

Todo ello le llevaría tiempo, no cabía la menor duda, pero contaba con su juventud, menos de treinta años.

De pronto, oyó un ruido en las inmediaciones.

Volvió la cabeza. Alguien corría hacia él con intenciones hostiles, blandiendo una especie de lanza corta, con hoja de piedra, muy bien tallada, apreció Jeb, y de palo recio y sólido.

Era su primer encuentro con un indígena. Lo curioso del caso era que se trataba de una mujer.

A diez pasos de distancia, ella se detuvo, tomó impulso y arrojó la lanza.

Jeb se ladeó ligeramente, a la vez que extendía el brazo derecho. Sus dedos se cerraron en torno al astil de la lanza, deteniéndola instantáneamente en su vuelo mortal.

Ella se quedó atónita, incapaz de comprender cómo el hombre había sido capaz de parar una lanza en plena trayectoria. Jeb sonrió.

Volteó la lanza y su punta quedó encarada hacia la salvaje. Jeb avanzó lentamente hacia ella.

La mujer se irguió, sacando mucho el pecho, de curvas rotundas y firmes.

—Mátame —dijo.

Jeb se echó a reír.

—No. Te hago mía —anunció.

La punta de la lanza se apoyaba en el desnudo estómago de la mujer. Jeb la estudió durante unos segundos.

Era joven, cinco o seis años menos que él, muy fuerte, pero también esbelta. La vida al aire libre le había conferido robustez y armonía físicas.

El pelo era negro, bastante bien cuidado, apreció el desterrado. Los ojos tenían el mismo color y la piel poseía un agradable color tostado en los puntos que quedaba al descubierto. Había más zonas del cuerpo femenino sin protección que cubiertas por unas finas pieles de color leonado, de pelo muy suave. El calzado eran unas blandas botas cortas, del mismo material.

—¿Me respetas la vida? —preguntó ella, pasmada.

—¿Cómo te llamas?

—Thalia, de los sharmos.

—Yo soy Jeb, de la Tierra. ¿Sharmos es tu país?

—Mi tribu —respondió Thalia orgullosamente—. Somos enemigos de los dvadios.

—¿Por qué?

Thalia se encogió de hombros.

—Siempre ha sido así —respondió.

—Yo no quiero ser enemigo de nadie, sino amigo de todos —declaró Jeb.

—No lo conseguirás —aseguró Thalia.

—Ya lo veremos. De momento, eres mía. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

Thalia asintió.

—Sí —contestó.

—¿Qué habría pasado, si te hubiera capturado un dvadio? —quiso saber Jeb.

—No hay capturas entre nosotros —dijo ella significativamente.

—¡Caramba, qué belicosidad! Pero tú eres muy guapa; el dvadio que te hubiese capturado, podría haberte hecho su esposa...

—No hay mezclas entre las tribus.

—Ya, sólo odio, sangre y muerte —rezongó Jeb—. ¿Sabes lo que te digo, Thalia?

Ella le miró con curiosidad.

—Estoy pensando en fundar mi propia tribu —sonrió él—. Tú y yo.

—Una tribu de dos...

—Que, con el tiempo, pueden convertirse en muchos más. Pero eso no corre prisa por ahora. ¿Qué hacías cuando me viste?

—Exploraba el territorio —contestó Thalia.

—¿Cómo?

—Tenemos noticias de que una expedición de dvadios ha invadido nuestro país. Hacía mucho tiempo que no se registraba una incursión; en cierto modo, habíamos llegado a una especie de acuerdo tácito para respetarnos mutuamente. No se había establecido ningún pacto, claro, pero, a veces, nos cruzábamos en la zona de linde y nos respetábamos.

—Creo que entiendo. Ahora ellos se han adentrado en el país...

—Hay tres jornadas de aquí a la zona de linde. Su anchura es de otras tantas. A continuación empieza el país de los dvadios.

—¿Hay algún motivo especial para esa invasión?

—Lo ignoro. Sólo puedo decirte que los dvadios tienen animales domesticados, sobre los que cabalgan, y armas muy poderosas. Lanzas proyectiles como mi lanza a más de trescientos pasos de distancia.

Jeb silbó. Armados él y Thalia sólo con un cuchillo y una lanza, que era más bien un venablo, poco podían hacer si eran atacados por un grupo de invasores.

CAPITULO III

Thalia trotaba incansablemente, observó Jeb, quien, en medio de todo, se sentía feliz por haber solicitado el acondicionamiento físico y psíquico para vivir en el destierro. Durante dos meses, se había sometido a un durísimo entrenamiento, que, en ocasiones, le ocupaba la mayor parte de las horas diurnas. Por la noche, conectaba el casco de enseñanza hipnopédica y así, mientras dormía, aprendía todo lo necesario para un hombre que iba a vivir en un territorio absolutamente sin civilizar.

Al atardecer, Thalia disparó su lanza y cazó un pequeño jabalí. Con la hoja de la lanza, hábilmente desconectada del palo, despellejó y limpió al animal. Jeb se ocupó de recoger leña y encender la hoguera, mediante la fricción de dos ramas secas.

La cena resultó exquisita, al menos, para Jeb, habituado a la insípida pasta alimenticia, que constituía su menú cotidiano. Sólo echó de menos la sal, pero ya buscaría algún yacimiento, se dijo. A fin de cuentas, el mar estaba a una jornada de distancia, aproximadamente.

Thalia le hizo infinidad de preguntas. Era una joven despierta e inteligente. Jeb se dio cuenta de que su cerebro era altamente receptivo. En poco tiempo, se dijo, podía hacer de ella una persona enteramente distinta.

Cuando terminaron, ya era de noche. Skivor poseía un ciclo temporal muy similar al de la Tierra. Incluso tenía un satélite, de tamaño algo superior a la Luna, el cual, a su vez, tenía cuatro o cinco subsatélites, que no eran sino simples pedruscos, apenas perceptibles a simple vista.

Llegada la hora del descanso, Thalia indicó un árbol gigantesco, cuya copa no medía menos de cincuenta metros de diámetro. Su altura pasaba de los setenta metros y las ramas, en su unión con el tronco, tenían un grosor mínimo de dos metros.

—Arriba estaremos seguros —dijo ella.

—¿Temes a los animales salvajes? —preguntó Jeb.

—Hay pocos, pero no son las fieras lo que me preocupa. Cuando

los dvadios hacen una incursión, viajan incluso de noche. Sus cabalgaduras son incansables.

—Ya entiendo. Bien, lo mejor será borrar las huellas del campamento para que no...

—Eso no es necesario. Anda, vamos arriba.

Thalia empezó a trepar por el tronco, que tenía unos diez o doce metros de grosor. Había abundantes plantas trepadoras, que facilitaron singularmente la tarea. Minutos más tarde, ambos se hallaban instalados en sendas horquillas, a treinta metros del suelo.

Jeb durmió a ratos, desacostumbrado a pesar del entrenamiento. Cuando la noche se retiraba ya, escuchó a lo lejos un extraño trompeteo.

Thalia se despertó en el acto.

—¡Los dvadios! —exclamó—. No te muevas, Jeb.

Los ruidos se repitieron y cada vez sonaban más próximos. Minutos después, Jeb notó cierta trepidación.

La luz del nuevo día crecía rápidamente. De pronto, Jeb se encontró contemplando un espectáculo increíble.

A cien pasos de distancia, desfiló un monstruo de seis patas, de más de cincuenta metros de largo por unos cuatro o cinco de altura, con todo el aspecto de una bestia prehistórica terrestre, salvo por el hecho de que estaba sostenido por ocho patas, cortas y gruesas, que se movían rítmicamente. Entonces comprendió por qué Thalia había dicho que los dvadios se movían de día y de noche.

El cuello del animal medía escasamente cuatro metros y la cabeza era ridículamente pequeña en comparación con el resto del cuerpo fusiforme. Lo más impresionante de todo era la colección de espinas dorsales, largas de un metro y de punta redondeada, separadas por un espacio de cincuenta a sesenta centímetros.

En los intervalos entre espina y espina cabalgaba un hombre.

Jeb contó hasta treinta jinetes sobre el primer octópodo. Eran fuertes, de recia complexión, vestidos con pieles bien cuidadas y armados con lanzas y arcos de unos dos metros de largo. Cada uno de ellos era portador de una colosal aljaba que contenía cinco o seis flechas, de más de metro y medio de largo, con un grosor de dos centímetros.

Cada uno de los invasores, además, era portador de una bolsa, que Jeb supuso con provisiones y agua de repuesta. Casi todos iban dormidos, abrazados a la espina tras la cual se hallaban. Sólo el conductor parecía despierto, sosteniendo con ambas manos unas rústicas bridas, atadas a la boca de la bestia.

En total, desfilaron diez animales, lo que suponía un grupo de invasores no inferior a trescientos hombres. Una fuerza más que respetable, pensó Jeb.

Los enormes animales hacían temblar la tierra con sus patas. Al cabo de unos minutos, se perdieron a lo lejos, envueltos en una espesa nube de polvo.

Inmediatamente, Thalia empezó a descolgarse del árbol.

—Vamos, Jeb; hemos de ir al Cerro de la Llamada —exclamó.

Jeb siguió a la joven rápidamente. Aquella frase era harto significativa: debía de tratarse de alguna eminencia, desde la cual se podía avisar al resto de la tribu de los sharmos.

Momentos después, se hallaban al pie del árbol. De repente, Thalia extendió la mano.

—Cuidado, viene alguien —avisó en voz baja.

Jeb crispó su mano sobre el mango de su cuchillo. Thalia empuñó la lanza resueltamente.

Pasaron unos segundos. Súbitamente, Thalia lanzó un agudo grito y salió a terreno descubierto. Un instante después, su lanza volaba por los aires con tremendo ímpetu.

Se oyó un agudo alarido. Un hombre soltó su arco y su flecha y se llevó las manos a la lanza que le había traspasado el cuerpo. Pero al lado había otro arquero.

El dvadio disparó su flecha. Jeb saltó hacia adelante y atrapó el proyectil en el aire. Mientras el dvadio buscaba desesperadamente otra flecha, Jeb volvió la suya y la arrojó con todas sus fuerzas.

El proyectil atravesó la garganta del sujeto.

Thalia se volvió hacia Jeb, con los ojos llenos de admiración.

—Eres rápido y fuerte —dijo.

—Lo aprendí en mi planeta —contestó él.

Thalia asintió. Luego se acercó a los caídos.

—Nos llevaremos sus armas y sus provisiones de agua y comida —dijo.

—¿Qué hacían estos tipos por aquí? —preguntó Jeb, extrañado.

—Los dvadios saben que tenemos exploradores. Simplemente trataban de impedir que nadie pueda llegar al Cerro de la Llamada.

—¿Lo conseguiremos nosotros?

—Sí.

Thalia estaba segura de lo que decía, lo que animó no poco a Jeb. A fin de cuentas, pensó el desterrado, había elegido aquella clase de vida. No podía quejarse, por tanto.

Momentos después, examinaba su bolsa que le había correspondido en suerte. Contenía unas tiras de lo que le pareció carne seca, una especie de tortas de harina y un pequeño odre, cuyo contenido debía alcanzar los cuatro litros. Los alimentos podían ser primitivos, se dijo, pero no dejaban de tener un valor altamente nutritivo.

—Vamos —dijo Thalia momentos más tarde.

Jeb cargó con el arco y las flechas. ¿Por qué la fiscal Elsa Cranton le había permitido el entrenamiento para supervivencia en un mundo hostil?

¿Podría preguntárselo algún día?

* * *

De pronto, Thalia se detuvo y señaló un altísimo promontorio.

—El Cerro de la Llamada —indicó.

Jeb estudió la montaña. En su parte superior había un pequeño trozo completamente pelado. Había también gran cantidad de árboles, muchos de los cuales eran semejantes a aquella especie de baobab en el que habían pernoctado. Pero el promontorio tenía una extraña peculiaridad.

Casi parecía la proa de un antiguo barco, con tres de sus lados

cayendo a pico sobre la llanura circundante. La parte de la punta era, desde luego, absolutamente vertical durante setecientos metros. Al pie había una extensión de agua, lisa y pulida como un espejo, de varios kilómetros de longitud por dos de anchura.

—Tenemos que llegar allí antes de que sea de noche —dijo Thalia.

—¿Cómo avisarás a los tuyos? —preguntó él.

—Fuego y humo.

—Sí, un sistema eficaz, pese a su primitivismo —convino Jeb.

De nuevo reanudaron la marcha. Poco más tarde, iniciaban la ascensión hacia la cumbre, situada a tres kilómetros de distancia de la llanura.

Al cabo de unos minutos, Jeb vio un extraño tejido tendido entre dos árboles de tronco muy largo y recto.

—¿Arañas? —preguntó, lleno de aprensión.

—No. Son telas tejidas por unos insectos inofensivos, que se alimentan de otros más pequeños. A veces, también caen piezas mayores, pero, en general, no atacan a los seres humanos.

Continuaron su camino. Una vez, Jeb se acercó a examinar aquel tejido y comprobó que era muy tupido y resistente, al par que ligero. Los insectos que lo elaboraban eran semejantes a abejas terrestres, si bien de un tamaño bastante superior. Una de ellas se posó en el brazo del joven, pero no hizo el menor gesto ofensivo. Jab la espantó suavemente y continuó su camino.

Media hora después, se encontraron con una especie de foso que contorneaba toda la parte superior del promontorio, separándolo del bosque por un espacio de cuatro o cinco metros de anchura. Había un ancho puente de troncos y la joven lo cruzó resueltamente.

Al otro lado, si bien muy espaciados, había diez o doce árboles, de extrañas formas. Entre varios de ellos se veía aquella inevitable tela de abeja. Ninguna de dichas telas medía menos de cuatro metros de largo por cinco o seis de altura.

Apenas hubieron cruzado el puente, Thalia se volvió, agarró uno de los troncos y lo lanzó al foso.

—¿Qué haces? —gritó Jeb.

Ella le miró fijamente.

—Es la ley —contestó—. El que avisa, debe quedarse aquí, sacrificándose por su pueblo.

Jeb sintió un escalofrío.

—¿Quieres decir que no tenemos escapatoria? —preguntó.

Thalia lanzó el siguiente tronco. La profundidad del foso era de una veintena de metros y sus paredes poseían una verticalidad absoluta.

—Lo siento por ti —respondió ella.

* * *

Colérico, Jeb se negó a ayudar a Thalia a encender la hoguera cuyo humo serviría de aviso a los suyos.

—Y pensar que dije que la había hecho mía —rezongó, mientras se acercaba al borde más avanzado del promontorio.

De, pronto, se echó hacia atrás, espantado. La distancia que había hasta el lago le puso los pelos de punta. Por un momento, creyó que el vértigo iba a apoderarse de él. Retrocedió, pálido y sudoroso.

—La he hecho buena —se dijo malhumoradamente.

Luego examinó la posición. El espacio realmente despejado tenía unos cien metros de largo por cuarenta de anchura, de la punta del promontorio al foso.

Los dvadios vendrían pronto y les sitiarían allí. Debía de ser una práctica generalmente admitida entre aquellas dos tribus belicosas.

Jeb vio un par de árboles de pequeñas dimensiones, debido a que eran jóvenes. El tronco era delgado y flexible, observó casi maquinalmente.

Los otros árboles tenían gran cantidad de ramas, largas y muy rectas. A Jeb le recordaban vagamente las espinas de un pescado.

Pero abundaban las telas de abeja. El tejido era suave, delicado al tacto, y muy ligero. Los insectos no se molestaban si él pasaba la mano por la tela.

La hoguera empezó a despedir humo. Thalia gritó:

—¡Jeb, ven!

El desterrado acudió de mala gana.

—Tenía entendido que eras de mi propiedad —masculló.

—Soy tuya, en efecto, pero, ¿no has de ayudarme si te lo pido?

—¿Qué quieres ahora?

—Leña, por favor. Además, tú podrás salvarte si lo deseas

—¿Cómo?

El brazo de Thalia se tendió hacia la llanura.

—Mira —dijo.

Jeb volvió la vista. Cuatro octópodos, cargados cada uno con sus treinta jinetes, trotaban hacia el promontorio.

—Se situarán en el borde del foso y nos dispararan sus flechas —manifestó Thalia con voz opaca.

—Bonita perspectiva —rezongó él, sabiendo que aquellos arcos podían alcanzar a trescientos metros—. Pero ¿no has dicho que yo puedo salvarme?

—Parlamentaré con ellos. Sin embargo, no respondo del resultado.

—Ah, ya entiendo.

De pronto, los monstruos se detuvieron y sus ocupantes saltaron al suelo a unos mil quinientos metros del promontorio

—¿Qué hacen? —preguntó Jeb.

—Van a acampar. Nos atacarán mañana, al amanecer. Saben que nos tienen seguros —contestó Thalia.

—Conocen vuestras costumbres, ¿eh?

—Las tuyas son idénticas. Ellos también tienen sus Cerros de la Llamada. Es preciso morir después de avisar; así se alcanza un gran honor para sí y para la familia.

—Extrañas costumbres —rezongó Jeb.

El sol caía ya hacia el ocaso. Llegar hasta aquel promontorio les había empleado la mayor parte del día.

Jeb pensó que sólo tenía doce horas de vida.

CAPITULO IV

Todavía era de noche, cuando Thalia despertó y se encontró sola.

Sentóse en el suelo. Tal vez el extranjero no había sabido resistir la tensión y se había arrojado al lago. Aquel género de vida no era para un ser habituado a todo género de comodidades desde su nacimiento.

El satélite de Skivor, con sus subsatélites, estaba a punto de ocultarse. De súbito, Thalia, pasmada, vio a Jeb.

—Hola —dijo el desterrado alegremente.

—¿De dónde sales? —preguntó ella.

—He estado en la llanura. Sentía curiosidad por conocer los motivos de la invasión.

Thalia se sentía estupefacta.

—Pero, el foso...

Jeb agitó la cuerda que llevaba en una de sus manos.

—La trencé mientras dormías, con una de esas telas de abeja —explicó—. Así pude cruzar el foso y capturar un prisionero.

—¿Un prisionero?

—Exactamente. Hablé con él y... ¿No me crees, Thalia?

—Me cuesta tanto —respondió ella.

—Es cierto —aseguró Jeb, muy serio—. Los dvadidos no han invadido vuestro país por el mero capricho de matar a unos cuantos de los sharmos, aunque tampoco lo lamentarán si no lo consiguen. En realidad, están en tu país para buscar «critio».

—¿Qué es eso? —preguntó Thalia, asombrada.

—Creí que lo sabrías tú —dijo el desterrado, no menos atónito.

—Nunca he oído ese nombre.

Jeb se mordió los labios. No había motivos para dudar de la sinceridad de la joven.

—Bien, tampoco importa ahora demasiado —declaró—. Pero pronto va a empezar la danza y conozco las reglas del juego. Primero se intima al que ha venido a hacer la llamada de socorro a que salga a batirse en duelo individual. Si vence, queda libre de marcharse. Pero si rehúsa el duelo, los atacantes le matarán a flechazos.

—A veces, sobrevive.

—Sí, y en ese caso, lo sitian hasta que muere de hambre y sed. Thalia, tú y yo vamos a resistir aquí hasta conseguir largarnos sin sufrir el menor daño.

Thalia le miró intrigada.

—¿Qué es lo que piensas hacer? —preguntó.

—Lo primero, racionar el agua y la comida, aunque he traído un suplemento de ambas cosas. Pertenecían al prisionero.

—¿Lo has matado después de tomar la información?

Jeb sonrió.

—Simplemente, probé cuál de dos cosas era más resistente. Mi pie derecho o... sus posaderas. Ganó mi pie derecho.

—Eres... increíble —dijo Thalia, admirada.

—Vamos, al trabajo. Quita la hoja de tu lanza y corta todas las telas de abeja que puedas. Pero en una sola pieza, ¿entiendes?

—Sí. ¿Para qué quieres esas telas, Jeb?

—Ya lo verás —contestó él enigmáticamente.

Mientras ella realizaba la labor encomendada, Jeb trepó a uno de los árboles y empezó a cortar ramas delgadas y rectas, procurando que tuvieran la mayor longitud compatible con un máximo de ligereza. Al cabo de media hora, cuando ya se alejaban las sombras, había conseguido reunir un centenar de ramas de una longitud media de cuatro metros, con un grosor máximo de cuatro o cinco centímetros en la parte que había servido de unión con el tronco.

Thalia, por su parte, había reunido una docena de telas de abeja, ninguna de las cuales media menos de veinte metros cuadrados. Había una especie de parapeto rocoso en la zona pelada del promontorio y Jeb dijo que instalarían allí el taller.

Pero antes de que pudieran iniciar ningún trabajo, Thalia lanzó un grito:

—¡Ahí están, Jeb!

* * *

Los dvadios aparecían entre la arboleda, a unos cuatrocientos pasos de distancia. Jeb calculó que aquella pequeña eminencia rocosa, tras la cual podía permanecer tranquilamente de pie, bastaría para protegerles suficientemente contra los flechazos.

—Cuando te inviten a pelear, contesta negativamente —dijo.

Thalia hizo un gesto de aprobación. Momentos después, un gigantesco sujeto llegaba al borde del foso y, con voz estridente, lanzó una aparatosa perorata.

Thalia contestó con una breve negativa. El dvadio dijo algo a voz en cuello. Entonces, Jeb agarró una piedra y la lanzó con todas sus fuerzas.

El inesperado proyectil pasó silbando junto al retador, haciéndole dar un tremendo salto. Thalia se echó a reír al ver que el individuo escapaba a la carrera.

—Tienes unos músculos muy poderosos —comentó a continuación.

—Sí, y la verdad es que antes no era tan fuerte —admitió él, un tanto preocupado, porque no tenía la menor idea de cómo se había desarrollado en él una musculatura hercúlea.

De repente, una lluvia de flechas surcó el aire.

—Agáchate, Jeb —gritó Thalia.

Las saetas aullaron por encima de sus cabezas. La mayoría rebasaron el promontorio y fueron a caer al lago. Algunas quedaron cortas y Jeb se propuso recogerlas más tarde.

El ataque duró pocos minutos, lo justo para que los atacantes, cuyo número no bajaba de un centenar, se convencieran de que el parapeto de roca protegía holgadamente a los sitiados.

Jeb se asomó una vez por el borde del parapeto, tumbado en el suelo. Los dvadidos estaban a ciento cincuenta pasos, muy próximos al borde del foso. Parecían conferenciar, pero, de pronto, la mayor parte de los que había allí se alejaron. Otros quedaron haciendo guardia, con los arcos y las flechas preparadas.

—Los que se han marchado van en busca de caza para comer —informó Thalia.

—Muy bien, es justo lo que necesitábamos. ¡A trabajar!

El resto del día transcurrió sin incidentes. Thalia dijo que los dvadidos atacarían de nuevo al amanecer.

Jeb no contestó, enfrascado en la tarea de desbastar las ramas que había cortado, a fin de que cada una de ellas quedase de un grosor idéntico en toda su longitud. Al día siguiente, pensó, iniciaría el trabajo en serio para construir el artefacto que les permitiría escapar de allí sin peligro.

Pero ello tardaría varios días, por lo que decidió fabricar antes un arma nueva, sobre todo, teniendo en cuenta que iba a ser cosa rápida y sencilla. Agarró una dé las telas y empezó a cortar tiras con el cuchillo, mientras Thalia buscaba piedras que fuesen de tamaño no superior a su propio puño.

De repente, cuando estaba cortando una tira de tela de abeja, el cuchillo chirrió de un modo singular.

Jeb frunció el ceño. Repitió la operación y el cuchillo emitió el mismo sonido.

—Es increíble —dijo, al cabo de unos momentos—. Unos insectos que elaboran tela metálica...

Ahora podía verlo claramente. Los hilos finísimos del tejido, ninguno de los cuales, calculó, era más grueso de media décima de milímetro, brillaban de un modo singular al recibir los rayos del sol poniente de Skivor.

¿Cómo era posible un fenómeno tan extraño?, se preguntó.

En cuanto al chirrido del cuchillo, tenía su explicación. A fuerza de cortar el metal, el filo se había, mellado en algunos puntos. Jeb

buscó una piedra y empezó a afilar el cuchillo.

A la mañana siguiente, ya había construido el arma.

Era, simplemente, un gigantesco tirachinas, hecho con uno de los árboles pequeños, despojado de sus ramas y hojas, en el cual habían quedado solamente las dos ramas mayores de la horquilla. A éstas, Jeb había atado dos fuertes tiras de tela de abeja, unidas por un cuadro del mismo material.

De pronto, más de cien arqueros se situaron en el borde del foso y, levantando sus arcos, dispararon sus flechas con un ángulo muy pronunciado.

Cien flechas se elevaron a quinientos metros y luego descendieron aullando, casi verticalmente. Pero los blancos humanos ya no estaban al otro lado del parapeto.

Jeb tiraba del árbol, que iba a servir de catapulta, mediante las tiras de tejido. En el cuadrado de tela había cincuenta pedruscos como el puño.

El árbol se curvó hasta tocar casi el suelo. De pronto, Jeb soltó la tela.

Se oyó un agudo zumbido. Cincuenta pesados proyectiles horadaron la atmósfera, volaron por encima del foso y alcanzaron a una docena de sitiados, arrojándolos a varios pasos de distancia.

Se oyeron una serie de aullidos ensordecedores. Veinte flechas volaron hacia la catapulta, pero Jeb y Thalia ya no estaban allí.

Había otro árbol también transformado en catapulta. Jeb corrió hacia él. Thalia ya tenía preparada otra carga de piedras.

La segunda catapulta estaba situada oblicuamente con respecto a la línea de sitiadores. Los efectos de la siguiente descarga resultaron desastrosos. Quince o veinte hombres fueron derribados instantáneamente. Arrojadas a ciento cincuenta pasos, las piedras poseían una potencia de impacto terriblemente destructora.

Los dvadios, amedrentados, se retiraron. Era evidente: se hallaban en una situación nueva para ellos.

De pronto, dos hombres se separaron del grupo y echaron a correr.

—Van a pedir refuerzos —adivinó Thalia sombríamente.

—Por el momento, han dejado de combatirnos. Sigamos trabajando, preciosa.

Thalia siguió al joven. De repente, extendió la mano.

—Mañana habrá tormenta —anunció—. Conozco los síntomas, Jeb.

El desterrado volvió la cabeza. Muy a lo lejos, sobre una distante cordillera apenas perceptible en la lejanía, divisó unos nubarrones negros, amenazadores.

Un relámpago brilló entre las nubes. Jeb, de pronto, concibió una idea.

—Ven, sígueme, Thalia —dijo.

Trabajaron febrilmente durante el resto del día. Thalia no comprendía las intenciones del joven, pero le secundaba sin rechistar. Cuando terminaron la tarea, Jeb había construido una extraña armazón hexagonal, de cinco o seis metros de diámetro, a base de las ramas, la cual cubrió con una tela completa.

—¿Duran mucho las tormentas? —preguntó cuando ya se hacía de noche.

—Oh, no, unas pocas horas... al menos, en esta época del año. Pero cae fuego sonoro del cielo...

Jeb sonrió al captar la gráfica metáfora con la que Thalia pretendía describir los rayos. Pocas horas más tarde, había terminado ya la tarea.

Entonces se tendió a dormir. Algo le despertó cuando creía que acababa de cerrar los ojos.

Era un trueno y sonaba sobre sus cabezas.

Abrió los ojos. Ya era de día. Las nubes, tremendamente hinchadas, se movían lentamente hacia el promontorio. Jeb calculó que su altura no superaba los doscientos metros.

Los dvadios se agolpaban en las proximidades del foso. Jeb comprendió que era hora de actuar.

Aquel artefacto que había construido era, simplemente, una cometa. En pocos instantes la tuvo en el aire, con la ayuda de Thalia, que se sentía estupefacta.

La cometa ganó altura rápidamente. Jeb sostenía la cuerda, pero, cuando vio que el aparato se hallaba a unos ciento cincuenta metros, la soltó.

El viento arrastró a la cometa hacia uno de los extremos del foso. Jeb agarró a la joven y tiró de ella hacia el parapeto.

La cuerda trenzada con la tela de abeja servía de equilibrio a la cometa, pero también seguía su trayectoria. Bruscamente, se oyó un fortísimo clamoreo.

Los dvadios perseguían la cuerda que pendía de las alturas y que ya había franqueado el foso. Jeb miró una vez hacia arriba.

La cometa rozaba ya las nubes. Bruscamente, brilló un terrible relámpago y se oyó un trueno apocalíptico.

La cuerda de la cometa se puso incandescente cuando la descarga eléctrica bajó a la tierra en milésimas de segundo. Había cuatro o cinco dvadios agarrados a la soga de metal y salieron despedidos a gran distancia, completamente carbonizados. Los demás, aterrados, huyeron dando unos gritos espantosos.

Thalia se sentía atónita. ¿Qué clase de hombre era aquél capaz de atraer el rayo a su voluntad?

De pronto, se abrieron las nubes y una cascada de agua les golpeó con sus millones de impactos.

La lluvia duró un par de horas, al cabo de cuyo tiempo empezó a despejarse el cielo. Mojado como un perro, Jeb se sacudió con fuerza y contempló los objetos almacenados al pie del parapeto.

—Thalia, ¿se habrán ido los dvadios? —preguntó.

—En todo caso, estarán al pie del cerro —respondió ella—. Volverán cuando cese la tormenta.

—Sí, me lo imaginaba —suspiró él.

Los días transcurrieron con lentitud en el promontorio. Jeb y Thalia trabajaban con ahínco, escatimando hasta lo indecible sus raciones de agua y víveres. Finalmente, cuando ya no les quedaba una brizna de comida ni un sorbo de líquido, Jeb dio por terminado el trabajo.

Thalia contempló asombrada el aparato construido por su acompañante.

—¿Y con eso vamos a escapar del cerco a que nos tienen sometidos? —preguntó.

—Volando —contestó Jeb, con la sonrisa en los labios.

CAPITULO V

El metal elaborado por las abejas era de una ligereza extraordinaria, pero, al mismo tiempo, de una enorme resistencia a la tracción. Lo que Jeb había construido con las ramas rectas de los árboles y la tela era, sencillamente un planeador de dos plazas.

El aparato quedó en el borde del promontorio, asomando buena parte por fuera. Jeb colocó a la joven en su sitio y la ató al asiento con unas correas improvisadas.

—No te asustes —dijo—. En los primeros momentos, parecerá que vas de cabeza al lago. Después, volarás, como los propios pájaros.

Thalia, temblorosa, asintió. Confiaba, sin embargo, en aquel hombre. Si Jeb era capaz de atraer el rayo hacia sus enemigos, ¿por qué no iba a conseguir volar también?

El suelo del promontorio, en sus últimos metros, hacía una ligera pendiente. Jeb la había alisado todo lo posible. Pero, aun así, tendría que correr un grave riesgo, porque debería lanzar el planeador al vacío y luego saltar a su asiento, situado tras el de Thalia. Le hubiera gustado situarse delante, pero, dadas las condiciones del despegue, no había tenido otro remedio.

Los dvadios seguían allá, quietos, impasibles. No comprendían los trabajos de Jeb, pero habían aprendido a temerle, después de sus terribles contraataques. Sin embargo, se sentían llenos de curiosidad por saber lo que iba a pasar.

En el último momento, Jeb llenó una bolsa de pedruscos y se la entregó a la muchacha,

—Cuélgatela del cuello.

Thalia obedeció. Jeb empujó un poco el planeador.

—¡Agárrate bien! —gritó de pronto.

El aparato volador se lanzó al aire. Jeb saltó en el momento oportuno y se puso a horcajadas sobre su asiento, construido de modo que pudiera agarrarse a él con ambas piernas. Sus manos quedaban así libres para pilotar eficientemente el planeador.

Thalia chilló. El aparato se hundía en un veloz picado, a pocos metros del borde del acantilado. Los dvadios echaron a correr

frenéticamente a un lugar desde el cual contemplar con más facilidad aquel extraño suceso.

Jeb dejó que el planeador descendiera unos cuatrocientos metros. Cuando notó tensión en los timones, tiró hacia sí de la palanca de profundidad, muy suave, a fin de no forzar las estructuras del aparato. La velocidad, calculó, no bajaba de los ciento cincuenta por hora.

Enderezó el planeador y levantó el morro ligeramente. Luego viró muy despacio hacia su derecha. El aparato respondía sin dificultad a los mandos.

—Volamos, Thalia, volamos —gritó jubilosamente.

Thalia sentía que su corazón latía muy de prisa. Pero el sentimiento de verse suspendida en el aire sin peligro era mayor que cualquier otro. Miró hacia abajo y vio que el suelo se deslizaba rápidamente bajo ellos.

Los dvadios corrían hacia la base del promontorio. Jeb orientó su aparato hacia la tierra. El sol había calentado mucho. No tardó en sentir la acción de en los mandos la acción de una corriente de aire caliente.

El planeador ganó altura. Thalia creía soñar.

—Jeb, ¿qué fabulosos poderes tienes que consigues hacernos volar a los dos como si fuésemos pájaros? —preguntó.

El desterrado se echó a reír.

—En mi planeta, esto ya no se usa. Allí ya no hay gusto para nada, Thalia —contestó—. Pero ya te contaré otro rato. ¿Te agrada volar? —preguntó.

—¡Es maravilloso!

La térmica les había hecho ganar unos mil doscientos metros. Jeb viró suavemente y bajó el morro un poco, a tres o cuatro kilómetros del lugar donde acampaban los dinosaurios octópodos.

—Dame una piedra, Thalia —pidió.

Abajo, en el suelo, había varios centenares de dvadios. Jeb enfiló el campamento, picando en un ángulo de 30° con relación a la horizontal. El planeador bajaba ahora a unos ciento setenta a la hora.

—¡Tírales piedras ya! —gritó, cuando ya les faltaba poco para alcanzar la vertical del campamento.

Thalia obedeció entusiasmada. Jeb apuntó a uno de los monstruos. La distancia era de unos doscientos metros, pero acertó en uno de los flancos de la bestia, abriéndole un enorme boquete.

El octópodo trompeteó furiosamente y empezó a agitarse con ciego frenesí. Los dvadios se dispersaron apresuradamente, a fin de evitar ser alcanzados o aplastados por algunas de sus enormes patas.

Jeb ganó la térmica por segunda vez. Alcanzó una cota más elevada, viró y volvió a la carga. Sabía que no causaría apenas daños a dos dvadios, pero quería impresionarles.

Esta vez, descendió un poco más, a ciento cincuenta metros. De repente, vio brillar un fogonazo.

El estampido llegó a sus tímpanos medio segundo después. En una de las alas se abrió un pequeño orificio.

—¡Diablos, nos tiran con fusil! —gritó Jeb, estupefacto.

El arma tronó varias veces más. De pronto, Thalia lanzó un chillido.

—Estoy herida, Jeb.

El joven alargó el cuello. Thalia tenía la mano en la pantorrilla izquierda, de la que manaba un poco de sangre. ¿De dónde diablos había salido aquel tipo armado con un fusil, en un país situado poco menos que en la Edad de Piedra?

—No te preocupes, en seguida te curaré.

Después de la segunda pasada, había ascendido a trescientos metros sólo con el simple impulso del aparato. Estabilizó los timones y se lanzó a través del lago, en dirección a un lugar que había elegido ya de antemano.

Momentos después, el patín del planeador rozaba el suelo. Jeb no estaba atado al aparato, simplemente, se había sujetado con las piernas, como un jinete a los flancos de su cabalgadura. Saltó fuera, desató a Thalia y la llevó en brazos hasta el pie de un árbol cercano.

Examinó la herida y respiró aliviado.

—No es más que una rozadura —dijo,

Thalia enseñó un arbusto con la mano.

—Haz un emplasto de esas hojas y ponlo sobre la herida. Sanaré en veinticuatro horas —aseguró.

Jeb lanzó un silbido.

—Vaya una farmacia —comentó jovialmente.

Rasgó una de las perneras de su traje, para hacer una venda con la que sujetar las hierbas a la carne. Cuando terminó, se irguió para contemplar la otra orilla, situada a poco más de dos kilómetros.

La longitud total del lago era de unos seis mil metros. Jeb pensó preocupadamente en el fusil que había herido a la muchacha.

Había un hombre civilizado entre los salvajes. Y parecía amigo de ellos. ¿Por qué estaba allí?, se preguntó.

Lentamente, regresó junto a Thalia. Su situación no iba a resultar fácil.

Estaban sin armas, excepto su cuchillo. Y fabricar un arco y unas flechas no era cuestión de unas pocas horas, aun contando con los elementos necesarios.

Le repugnaba hacerlo, pero no tenía otro remedio.

—Thalia, no podemos quedarnos aquí —dijo.

Ella le miró serenamente.

—Sólo veinticuatro horas...

—El lago se puede rodear, una vez vadeado el río que lo alimenta, por cualquiera de los dos lados, el de entrada o el de desagüe. Y, si no me equivoco, eso es lo que los dvadios y su amigo el fusilero piensan hacer.

Los dinosaurios octópodos se habían puesto ya en marcha. Uno, sin embargo, yacía inmóvil en el suelo. Era el que había herido Jeb con su certera pedrada.

Inclinándose, alzó a Thalia en brazos y sonrió.

—No temas, nos salvaremos —prometió.

¿De dónde había sacado él las fuerzas que le permitieron caminar sin descanso durante toda la noche, cargado con el liviano peso de Thalia?

Ella le guiaba por los caminos más adecuados. Cerca de la madrugada, le indicó la conveniencia de descansar.

—No tenemos comida...

—Sigue cien pasos más —dijo ella.

Jeb obedeció. Poco más tarde, divisaron un árbol cargado de frutos semejantes a manzanas.

—Coge unas cuantas y ponlas en mi bolsa.

Jeb obedeció. Luego, Thalia señaló con la mano otro baobab gigante.

—Allí podremos pasar el resto del día. Mi pierna estará bien al caer la tarde —afirmó.

—No deja de ser una buena noticia —sonrió él.

Thalia se izó a la copa utilizando solamente los brazos y la pierna sana. Jeb la siguió, comió tres o cuatro manzanas, que encontró muy agradables y luego, buscando un lugar adecuado, se tendió a dormir.

Despertó cuando sintió en su brazo el contacto de la mano de Thalia.

—Viene alguien —susurró la nativa.

Jeb se despabiló de inmediato. A través de la espesura, captó rumor de voces. De pronto, vio a tres o cuatro individuos que caminaban con grandes precauciones.

Uno de ellos era el fusilero.

Jeb contempló al individuo, robusto y fornido como él, aunque cinco o seis años mayor en edad. Llevaba a la espalda una mochila de regulares dimensiones y su dedo índice se apoyaba constantemente en el gatillo del arma.

De pronto, se pararon.

—Tú, por aquí... tú, por allí... —ordenó el fusilero—. No pueden

haber ido mucho más lejos. Tú, quédate conmigo.

Dos de los dvadios se separaron en el acto. Jeb tenía los ojos, fijos en el hombre del fusil.

Reconoció el arma en el acto. Era un «Radium-1.000», con capacidad para treinta disparos, alcance de cuatro mil metros y proyectiles de dieciséis milímetros de calibre. Un artefacto temible, se mirase como se mirase.

El fusilero avanzó una docena de pasos. Su acompañante le seguía a corta distancia.

De repente, una sombra oscura cayó de lo alto. Los pies de Jeb golpearon la cabeza del dvadio con tremenda potencia. El fusilero, alarmado, se volvió.

Desde la cabeza del salvaje, Jeb había tomado impulso. Ochenta y cinco kilos de duros músculos y huesos de acero, cayeron sobre el hombre del fusil, derribándolo al suelo.

Jeb rodó también sobre la hierba, pero, más rápido, se apoderó del arma y apuntó al fusilero, quien, aturdido, no acababa de reaccionar.

—Levántate —ordenó.

El sujeto obedeció torpemente. Jeb lanzó una rápida mirada al dvadio. En seguida se tranquilizó; el doble impacto de sus dos pies, desde ocho metros de altura, le había hundido la bóveda craneana.

—Está bien, amigo —dijo Jeb—. Las tornas se han cambiado, como puedes apreciar. ¿Quieres decirme tu nombre?

El fusilero se encogió de hombros.

—Richard Veyn —contestó.

—¿Terrestre?

—Sí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Busco «critio».

—He oído ese nombre, pero desconozco la sustancia que define. ¿Qué es el «critio»?

—Lo ignoro, ni yo mismo lo sé.

—Pero...

—Fui contratado, con veinte más, para venir aquí, es todo cuanto puedo decirle.

—Veyn, no me hagas reír. Pase que desconozcas qué es el «critio», pero tienes todo el aspecto de un mercenario. Al menos, sabrás quién es tu jefe.

—Por supuesto. Se llama Igor Massepov, es todo lo que puedo decirte.

—Algo más, Richard, algo más. Porque en la Tierra no se usa actualmente el dinero y tú no has venido a Skivor desinteresadamente.

Veyn suspiró.

—Tienes razón, amigo. Estoy aquí por...

Súbitamente, un agudo grito de aviso bajó del árbol:

—¡Jeb, a tu espalda!

El joven se volvió velozmente, al mismo tiempo que se agachaba. Algo cruzó el aire zumbando de un modo horrible.

El fusil escupió dos fogonazos. Un dvadio saltó hacia atrás y se desplomó, con el cuerpo atravesado de parte a parte por las balas.

—¡El otro, Jeb, a tu izquierda! —avisó Thalia.

Jeb se tiró al suelo. La flecha rozó sus hombros, antes de clavarse en el tronco del baobab. Pero el «Radium-1.000» tronó una vez más.

Un hombre vestido con pieles se derrumbó sobre la hierba. Jeb empezó a levantarse,

Veyn yacía en el suelo boca arriba, con una flecha clavada en él tórax. La expresión de su rostro dijo a Jeb bien pronto cuál había sido su suerte.

—Baja, Thalia —ordenó.

La joven obedeció. Aunque cojeaba un poco, podía moverse con notable facilidad.

—Debe de haber más exploradores buscándonos —supuso ella.

—Es más, puede que incluso hayan oído los tiros. Tenemos que irnos de aquí cuanto antes, Thalia. ¿Puedes caminar?

Ella se mordió los labios.

—Necesitaría tres horas más de reposo —contestó.

—Concedidas —sonrió Jeb.

Thalia fijó su vista en el fusil.

—¿Qué arma tan terrible es ésa? —preguntó.

—Un fusil..., pero me extraña que Massepov y su pandilla usen fusiles simplemente, cuando podrían emplear armas portátiles mucho más poderosas —contestó Jeb preocupadamente—. De todos modos, ya te lo explicaré más adelante. Aguarda un momento, por favor.

Veyn no protestaría porque le quitase su mochila: En ella encontró Jeb raciones de alimentos concentrados, así como una bolsa de primeros auxilios, un par de prismáticos y un pequeño transmisor de radio.

Jeb se puso su mochila a la espalda. Entonces fue cuando vio a Thalia arrodillada junto a uno de los nativos.

De repente, ella exclamó:

—¡Jeb, no son dvadidos!

CAPITULO VI

—¿Cómo has sabido que no eran dvadios? —preguntó él, un poco más tarde, mientras, cargado con la muchacha, caminaba con paso rápido a través de la selva.

—Las pieles y las armas son idénticas —contestó Thalia—. Pero la piel es mucho más clara. Además, todo superior lleva unos extraños dibujos en su antebrazo izquierdo.

Jeb asintió.

Había visto el dibujo, que no era sino un tatuaje. Los extraños signos que lo componían le resultaban indescifrables, pero estaba seguro que no era otra cosa que un distintivo de identificación personal.

—Pero no comprendo por qué un superior tiene que vestir como un dvadio —dijo.

—A mí se me ha ocurrido una idea —contestó Thalia.

—Bien, habla.

—Tengo la impresión de que los superiores han realizado esta incursión a fin de crear un estado de guerra entre los dvadios y nosotros. Hacía años que no luchábamos entre nosotros, ya te lo dije. Aunque la paz no se había establecido de un modo formal, empezábamos a comprender que los combates a muerte no eran sino luchas estériles y llenas de perjuicios para un bando y otro.

—Muy lógico —convino Jeb—. Continúa, por favor.

—Por tanto, si dvadios y sharmos van a la guerra, se destrozarán mutuamente. Jamás se había producido una incursión tan numerosa, ni por un bando ni por otro.

—De modo que los superiores quieren provocar el conflicto, supongo que en beneficio propio. Pero ¿qué beneficio es ése?

—Preguntas demasiado. Ya no sé qué más decirte, Jeb.

—Si, todavía queda algo. ¿Quiénes son los superiores?

—Hace algunos años yo estuve en su ciudad. Es una urbe muy

lujosa y ellos visten con gran elegancia. Su civilización es muy adelantada, incomparablemente más que la nuestra.

—¿Usan fusiles?

—No. En realidad, detestan la guerra.

—Pero eso no les impide pensar que la guerra es conveniente, siempre que sea hecha por otros.

—Así parece, Jeb.

El desterrado se mordió los labios. ¿Cómo serían los superiores vistos en su ambiente?

—Thalia, ¿cuántas personas componen la tribu de los sharmos? —preguntó.

—Oh, calculo que medio millón... Los dvadios son otros tantos, claro que es una cifra muy aproximada...

—Un millón, podrían proporcionar cien mil combatientes de primera línea —dijo él pensativamente—. Si muriesen solamente la mitad en la guerra, los dos pueblos quedarían terriblemente debilitados.

—Así sucedería, en efecto.

—¿Cuántos son los superiores?

—Alrededor de cuatrocientos mil.

—Lo que supondría cuarenta mil guerreros. Thalia, si alguien les proporciona fusiles, barrerían fácilmente a los supervivientes.

—Eso creo yo, pero ¿con qué objeto?

Jeb meditó durante unos segundos. De pronto, creyó haber hallado una solución.

—Thalia, ¿estamos muy lejos del país dvadio? —preguntó.

Ella le miró con sorpresa.

—¿Por qué...?

—Contesta a mi pregunta, te lo ruego.

—Tres jornadas a pie hasta la linde. La capital queda a una jornada más.

—¿Y tu ciudad?

—Siete jornadas.

—Entonces, no se hable más. Iremos a ver al jefe de los dvadios. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Ulux —respondió la atónita muchacha, que no se sentía capaz de adivinar las intenciones que se escondían tras la singular propuesta formulada por el hombre que la transportaba en sus robustos brazos.

* * *

Tendido en el suelo, mientras Thalia dormía, Jeb se formulaba decenas de preguntas, sin encontrar ninguna respuesta satisfactoria.

La mayor parte de ellas se referían a sí mismo. ¿De dónde había sacado aquella fuerza y resistencia tan descomunales? ¿Cómo podía caminar toda la noche, cargado con sesenta kilos de peso, sin sentir apenas cansancio?

¿Quién le había conferido la agilidad que le permitía atrapar las flechas y los venablos al vuelo?

¿Cómo había sabido construir una cometa? ¿Y un planeador de dos plazas?

El entrenamiento a que se había sometido fue duro, pero, aun así, dos meses de constantes ejercicios no desarrollaban su musculatura ni su resistencia física de modo casi prodigioso. Pero ¿qué decir de los conocimientos que no poseía antes?

¿Cómo había sabido manejar un fusil tan certeramente, si jamás había tenido un arma semejante en sus manos?

Al cabo de un rato, consiguió dormirse. Cuando despertó, bien entrado el día, vio a Thalia, sentada sobre sus talones, junto a un pequeño fuego, en el que se asaba una cría de jabalí.

—Estabas cansado y me pareció mal despertarte —sonrió ella.

—¿Has cazado?

—Sí. Mi pierna está en perfectas condiciones.

Jeb fue a un arroyo cercano, en donde se lavó y aseó. Cuando

volvió, Thalia le entregó un succulento trozo de carne asada, pinchado en una rama.

—Hay algo que me olvidé preguntarte ayer, Thalia —dijo él, después de los primeros bocados.

—¿De qué se trata, Jeb?

—¿Dónde está la ciudad de los superiores?

—Al otro lado del Mar Infranqueable.

Jeb recordó el océano que había entrevisto apenas aterrizó.

—¿Se tarda mucho en cruzarlo? —preguntó.

—No lo sé. Ningún sharmo o dvadio ha cruzado jamás esa enorme extensión de agua.

Jeb tomó nota del detalle. Apenas hubieron terminado de desayunar, reanudaron la marcha.

Cuatro días más tarde, se toparon con una patrulla de exploradores dvadios.

Eran cuatro y sus respectivos arcos se tendieron en el acto hacia la pareja.

Jeb alzó vivamente una mano.

—¡Alto! No disparéis —gritó—. Venimos en son de paz.

—¡Paz unos sharmos! —gruñó el que parecía jefe de la patrulla—. ¿Habláis de paz, después de que treinta de los nuestros han muerto cobardemente en una emboscada?

Jeb frunció el ceño.

—Eso es otra hazaña de los superiores y sus mercenarios terrestres —murmuró.

—No me cabe la menor duda —concordó Thalia.

—No puede haber piedad para unos sharmos...

Jeb interrumpió nuevamente al jefe de la patrulla.

—Te lo suplico, llévanos a presencia de Ulux —solicitó—. Si él decide que hemos de morir, acataremos su sentencia. Pero antes querernos hablar con él.

El dvadio se sintió irresoluto. Jeb pensó que una demostración de rapidez podía ayudarles mucho.

—Espera un momento —dijo.

Retrocedió treinta pasos. De pronto, exclamó:

—Dispara tu arco.

El dvadio tensó la cuerda. El proyectil partió silbando, pero fue detenido en el vuelo por la mano de Jeb.

Sonó un grito unánime de admiración. Los dvadios empezaron a mirar respetuosamente a aquel fantástico sujeto, capaz de detener una flecha en plena trayectoria.

—¿Quién eres tú? —preguntó el jefe de la patrulla, después de unos segundos de silencio.

—Jeb, simplemente Jeb —respondió el desterrado—. ¿Nos llevarás a mí hembra y a mí a la presencia de Ulux?

—Después de lo que te he visto, no podría negar a Ulux que conociera a un hombre de tan prodigiosas cualidades —respondió el dvadio. Y añadió—: ¡Seguidme!

Jeb cambió una mirada con la muchacha. Thalia sonrió también.

La mano de Jeb buscó la de Thalia. Ella se la dejó de buena gana.

* * *

—Así que tú eres el hombre que detienes las flechas en el aire —dijo Ulux.

El jefe dvadio era un hombre gigantesco, de más de dos metros de altura y ciento veinte kilos de peso. Plantado sobre sus pies, algo separados, tenía ambas manos en las caderas, mientras contemplaba a la pareja situada ante él.

—Soy tan rápido como el viento, en efecto —contestó Jeb sin ninguna modestia.

—Luego me harás una demostración de tus habilidades —dijo Ulux—. Ahora, habla. Te escucho.

Jeb miró unos instantes a su alrededor. Los dvadios vivían en cabañas de cañas y paja, pero eran edificios relativamente bien contruidos y, sobre todo, limpios, como limpia era la aldea en la cual residía el jefe Ulux. «Al menos, conocen los beneficios de la higiene corporal», pensó complacidamente.

—Deseo que tú y Sago hagáis las paces, y vuestros pueblos también —dijo al cabo.

Ulux lanzó una sonora risotada.

—Paz con los sharmos... Estás loco. —Era una afirmación, no una pregunta burlona.

—No estoy loco. Sólo te pido que des crédito a mis palabras, jefe Ulux. Trato de haceros un gran beneficio a los dos pueblos. Y, en el fondo, también a los superiores.

Ulux escupió despectivamente a un lado.

—Los superiores. Algún día los degollaremos a todos —barbotó.

—Entre los superiores tienen que existir a la fuerza buenas personas. No debes juzgar a todo un pueblo por lo que piensen o hagan unos cuantos ambiciosos.

—Dejémonos de lindezas —farfulló Ulux—. ¿Era eso todo cuanto tenías que decirme, Hombre Rápido?

—Me llamo Jeb —sonrió el terrestre—, y si me escuchas con atención y sin interrumpirme, conocerás la historia y mis intenciones.

Ulux asintió y se sentó en un taburete hecho de pequeños troncos, cubierto de piel. Jeb y Thalia permanecían en pie frente al jefe de los dvadios.

Jeb habló durante un buen rato. Al terminar, Ulux se acarició su espesa barba.

—En principio, me siento inclinado a aceptar tus propuestas. Pero, aunque soy el jefe del pueblo dvadio, no puedo darte una respuesta sin antes haber consultado con los subjeses. Hay unas cincuenta aldeas en el territorio dvadio y en cada una manda un subjeses. Tengo que convocarlos, relatarles tu historia y solicitar su opinión. Sólo después de esta consulta te daré una respuesta definitiva.

—Me parece muy justo, pero sería conveniente que actuases con

cierta rapidez. Los superiores se han preparado ya para la guerra. Al menos, en eso os llevan ventaja.

Ulux asintió.

—De acuerdo, ahora mismo empezaré a llamar a los subjeses. — Sonrió—. ¿Puedes hacerme una demostración de tu rapidez?

—Con mucho gusto. Salgamos fuera.

Momentos después, Ulux tensaba la cuerda de su arco. Jeb, a treinta pasos de distancia, esperó la partida de la flecha, cuyo astil acabó rodeado por sus dedos de acero.

La hazaña había sido contemplada por cientos de espectadores. Se oyó un enorme clamoreo de admiración.

Ulux sonrió anchamente. Luego, acercándose al terrestre, le puso una mano sobre el hombro.

—Merecerías ser un dvadio —dijo.

—Yo me conformaría, simplemente, con ser algún día un skavoriano —contestó Jeb.

—Creo que te entiendo. Nada de diferencias entre los componentes de los distintos pueblos, ¿no es así?

—Justamente, Ulux.

El gigante asintió pensativamente.

—Hace algunos años tuvimos nuestro último encuentro con los sharmos. Me pregunto qué ventaja obtuvimos ambos pueblos de tal combate. Muertos, heridos, lisiados...

—Y viudas y huérfanos.

—Sí, es cierto. Debemos hacer lo necesario para que no ocurra nada semejante. Pero ¿piensan lo mismo los superiores?

—Se les puede obligar a que lo piensen —contestó Jeb, tajante.

Ulux sonrió levemente. De pronto, se volvió, alzó una mano y ladró una orden.

Segundos después, en algún rincón de la aldea, empezaban a sonar unos enormes tambores. Jeb se sorprendió primero, pero luego pensó que era un medio de comunicación muy adecuado, dado el

grado de civilización de aquellos seres.

—Mientras se resuelve sobre tu petición, tú y tu mujer seréis huéspedes de esta aldea —declaró cortésmente el jefe Ulux.

CAPITULO VII

Cincuenta subjeses, con Ulux, deliberaban en un lugar de la aldea. Jeb y la muchacha se alejaron hasta llegar al borde de un acantilado, desde el que se dominaba un extenso panorama.

El mar estaba a tres kilómetros escasos de distancia. La costa era una inmensa bahía, cuya curvatura apenas si resultaba perceptible. Frente a ellos se extendía la línea recta del horizonte marino.

—Thalia, ¿qué distancia hay de aquí a la capital de los superiores? —preguntó él de repente.

—Oh, a pie unas veinte jornadas. Con sus animales, la cuarta parte —respondió ella.

—Los dinosaurios octópodos no son muy rápidos.

—Pero sí incansables. Son capaces de caminar sin pararse una semana entera.

—Pero sus jinetes sí necesitan descansar de cuando en cuando —alegó él—. No se pueden pasar la semana entera sin desmontar.

—Desde luego, pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—¿Han navegado alguna vez los superiores?

—¿Qué es navegar, Jeb?

El terrestre miró sorprendido a la muchacha. Extraña civilización, pensó. Ni siquiera conocían la navegación. Tendría que explicárselo, suspiró.

Más tarde, Thalia dijo:

—No, no hemos hecho barcos nunca. Ni los superiores tampoco. Pero ¿por qué haces esas preguntas?

Jeb sonrió.

—Es que tal vez un día tenga que meterme a constructor de barcos —respondió jovialmente.

Un pueblo tan cerca del mar y, sin embargo, no aprovechaban

las ventajas de tal situación. La pesca, la navegación, el comercio... ¡cuántas facilidades podrían obtenerse de tan privilegiada situación!, pensó.

De repente, sonó un grito. Jeb y Thalia se volvieron.

—Nos llaman —dijo ella.

Con las manos unidas, siguieron al mensajero hasta el ágora donde se había celebrado la reunión. Cincuenta pares de ojos contemplaron a los dos jóvenes con interés.

Ulux estaba en pie. Por un momento, Jeb llegó a temer que su propuesta hubiera sido rechazada.

Pronto, sin embargo, desechó sus aprensiones.

—Aceptamos la paz —declaró Ulux—. Pero ¿querrán lo mismo los sharmos?

—Yo seré el mensajero de vuestra decisión —contestó Jeb.

—Sago, el jefe de los sharmos, exigirá una prueba.

Entonces, Thalia dio un paso hacia adelante.

—Sago tendrá la prueba —exclamó,

—¿Se la darás tú? —preguntó Ulux.

—Soy su hija y verá que vuelvo con vida, después de haber sido tu huésped.

Ulux asintió sonriendo.

—Es una buena prueba —convino—. ¿Cuándo pensáis partir?

—Lo más pronto posible. Mañana mismo —respondió Jeb, sin mostrar exteriormente la sorpresa que sentía al saber que Thalia era hija del jefe de los sharmos.

De repente se oyeron unos gritos agudos. El poblado entero se puso en conmoción.

Alguien emitió un penetrante alarido de advertencia:

—¡Vienen los sharmos!

Ulux respingó. Jeb saltó hacia él y asió uno de sus brazos, tan grueso como el tronco de un árbol.

—Cuidado, puede que sean superiores disfrazados —sugirió.

—Sean quienes sean, si nos atacan lucharemos —contestó Ulux tajantemente.

—¿Me permites actuar primero?

Ulux le miró fijamente un segundo. Luego movió la cabeza.

—Adelante —dijo, lacónico.

Jeb ya no perdió más el tiempo. Corrió a la cabaña que les había sido asignada y recogió el fusil y las municiones. Thalia se le unió momentos después, armada con un arco y flechas.

—Iré contigo —dijo ella, con los ojos muy brillantes.

—Pero harás exactamente todo lo que yo te diga o te someteré al castigo que los hombres de la Tierra aplican a las mujeres desobedientes.

—No será muy duro, supongo —rió Thalia.

—Todo depende de la pesadez de la mano masculina y de la blandura de las posaderas de la mujer —contestó él—. Anda; vamos ya.

Cientos de dvadios armados abandonaban ya la aldea, dispuestos a rechazar a los invasores. Ulux marchaba en cabeza.

Minutos más tarde, llegaban a la entrada de un extenso valle, que corría casi paralelo al mar. A lo lejos, a unos tres kilómetros de distancia, se divisaban ya las primeras vanguardias de los invasores.

* * *

En la copa de un árbol, Jeb, con los prismáticos capturados a Veyn, examinó las figuras de los invasores.

Eran quinientos o seiscientos, todos ellos montados en dinosaurios octópodos. Aún estaban a medio kilómetro de distancia, pero Jeb pudo captar en un antebrazo el tatuaje de identidad.

—Ulux, son superiores —informó.

El jefe estaba en un árbol próximo. Los demás dvadios habían

ocupado las posiciones sugeridas por Jeb. Reinaba un silencio absoluto.

Jeb pensó que los superiores no tenían excesivas nociones del arte de la guerra. O quizá confiaban demasiado en sí mismos. Pero, de repente, al observar la columna invasora una vez más, vio algo que le hizo respingar.

—Un mercenario —musitó.

El terrestre cabalgaba en el primer octópodo. Jeb habló rápidamente con Ulux.

—De acuerdo —contestó el jefe dvadio—; lo atraparemos vivo.

Jeb aguardó todavía unos minutos más. De repente, se llevó el fusil a la cara y disparó.

El estampido resonó atronadoramente. Casi en el mismo instante, se oyó un feroz griterío.

Cientos de largas flechas volaron por los aires, sorprendiendo a los invasores por ambos flancos. El primer octópodo, alcanzado en la frente por el pesado proyectil de dieciséis milímetros, se desplomó fulminado, lanzando a lo lejos a sus treinta jinetes.

El mercenario salió disparado, rodando por la hierba. Era un hombre ágil, sin embargo, y se incorporó en el acto, arrojándose hacia el fusil perdido en la caída.

Cuando ya tocaba el arma, una bala hizo saltar astillas de la culata.

—¡No toques ese fusil! —bajó una poderosa voz desde la copa del árbol.

El mercenario se incorporó, estupefacto. La lucha, feroz, proseguía a su alrededor.

Los fingidos sharmos caían arrasados por aquel vendaval de flechas y venablos. Cientos de dvadios, situados a ambos lados de la vaguada, perfectamente ocultos por la vegetación, disparaban sus arcos sin cesar. Cada tensión de la cuerda era una baja.

Las gigantescas cabalgaduras cayeron también en su mayoría. Tres o cuatro escaparon, trompeteando atterradoramente. Minutos después, había concluido la lucha.

Cincuenta o sesenta invasores consiguieron escapar, llenos de pánico por la matanza. Los demás yacían sobre el terreno.

Dos dvadios abandonaron su escondite y se acercaron al prisionero. Jeb se descolgó del árbol.

—Hola —sonrió.

—¿Quién eres? —preguntó el mercenario, visiblemente amedrentado.

—Un terrestre, como tú. Mi nombre es Jeb Carr. ¿Cuál es el tuyo?

—Ben Dumont...

—Mercenario de Massepov, supongo.

Dumont se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Este fusil era de Richard Veyn —indicó Jeb.

Thalia y Ulux se habían apeado del árbol y asistían silenciosamente al interrogatorio. Dumont se puso pálido.

—Veyn ha muerto —adivinó.

—Sí. Pero tú puedes seguir viviendo si colaboras con nosotros.

—¿Qué..., qué es lo que he de hacer? —preguntó Dumont, lleno de aprensiones.

—¿Por qué buscáis el «critio»?

—No lo sé. Eso es cosa de Massepov.

—Bien, pero, al menos, podrás decirme qué es el «critio».

—Tampoco. Massepov citó sólo el nombre, pero sin decir qué sustancia es. Ni siquiera ha mencionado sus cualidades. Sólo dijo que en Skivor podíamos hacernos ricos.

—¡Ricos! —barbotó Jeb—. ¡Pero en la Tierra no se usa el dinero!

Dumont sonrió.

—Eres terrestre, pero ignoras muchas cosas de nuestro planeta —manifestó—. ¿Acaso no conoces la forma en que viven los miembros

del Gobierno?

—Eso es algo que nunca me ha preocupado...

—Tienen residencias individuales, exorbitantemente lujosas; ropas caras, joyas, objetos valiosos, criados... Comen alimentos naturales y no elaborados en las fábricas de comida; vehículos aéreos y terrestres a su disposición las veinticuatro horas del día; pueden viajar a donde gusten sin trabas de ninguna clase... ¿No es eso la riqueza?

Jeb asintió pensativamente.

—Bien mirado, eso es ser rico —convino—. Y vosotros podéis serlo, si conseguís el «critio».

—Exactamente. Pero nadie sabe qué es esa sustancia, excepto Massepov, su segundo, Dale Peck, y el jefe y unos cuantos altos miembros del gobierno de los superiores. El jefe de éstos se llama Olshust.

—Estoy seguro de que Massepov ha ideado el plan de disfrazar a los superiores de sharmos para que los dos pueblos se destruyan guerreando —dijo Jeb.

Dumont se encogió de hombros.

—Puesto que lo sabes, es inútil negarlo —contestó—. ¿Mataste a Richard Veyn?

—No. Quería hacerle prisionero. Lo conseguí, incluso. Pero alguien me disparó una flecha y le dio a él.

—Veyn informó por radio de que alguien había construido un planeador. Fuiste tú, supongo.

—Sí.

—Un terrestre en Skivor —dijo Dumont pensativamente—. Lo ignorábamos por completo.

—Cometí un delito y me desterraron.

—Ya entiendo. —El prisionero se irguió—. Bien, ¿qué vas a hacer conmigo?

Jeb dio la vuelta y le quitó la mochila.

—No quiero que informes por radio a tu jefe —dijo.

—Massepov ha zarpado rumbo a la Tierra. Peck ha quedado en su lugar, con media docena de mercenarios. Están en la ciudad de los superiores.

—¿Qué hacen allí?

Dumont sonrió.

—Los instruyen en el manejo de estos fusiles —contestó.

Jeb entornó los ojos.

—Es cierto —murmuró—. Usáis fusiles de pólvora..., pero ¿por qué no armas desintegrantes?

—Un disparo podría ser detectado por alguna patrulla espacial. No nos conviene —aclaró Dumont.

—Eso es algo en lo que yo no había caído —dijo Jeb—. Bien, la decisión sobre tu vida depende del jefe Ulux. Yo le recomendaré clemencia..., pero no podré oponerme a su decisión, cualquiera que sea.

Dumont palideció. Miró a Ulux. El jefe parecía indeciso.

—Matándole no conseguiríamos ningún beneficio —dijo al cabo—. Lo tendremos prisionero. Que trabaje para reparar los daños que haya podido causar. Pero si intenta escapar, lo mataremos.

—Ya lo has oído, Ben.

El mercenario respiró aliviado.

—Es una buena solución —aprobó.

Acto seguido, Jeb se volvió hacia Ulux.

—Es preciso que busquemos entre los muertos alguien que se me parezca, aunque sólo sea ligeramente —dijo.

—¿Por qué? —se extrañó Ulux.

—He de ir a la ciudad de los superiores. Naturalmente, debo pasar por uno de ellos.

Thalia se espantó.

—Pueden matarte...

—No temas —sonrió Jeb—. Ben, ¿cuánto tardará Massepov en

volver?

—Oh, seis, ocho meses... El viaje a la Tierra no es corto precisamente, aparte de que allí tiene que hacer algunas gestiones que no serán breves —contestó Dumont.

—¿Qué gestiones? —preguntó el joven.

—Armas.

Hubo un momento de silencio. Luego, Jeb se volvió hacia Ulux.

—Thalia y yo partiremos de inmediato hacia el pueblo de los sharmos —manifestó—. Quiero contar con la aprobación de Sago a nuestros proyectos de paz y alianza.

—Está bien, ese asunto queda en tus manos —accedió Ulux.

—Thalia, vamos; es preciso que empecemos a preparar todo lo necesario para el viaje.

—Y luego irás a la capital de los superiores —dijo ella, mientras volvían a la aldea.

—Sí.

—Iré contigo.

—Será una misión peligrosa. No quiero que corras riesgos.

—Pero tú no conoces...

—Eres tú la que no conoces algunas de nuestras peculiaridades. No se trata de enfrentarse solamente con Olshust, sino con el segundo de Massepov y los seis mercenarios que han quedado con él.

—Los superiores tendrán centinelas en todos los puntos de acceso a su capital.

Jeb sonrió.

—Excepto en un punto, que es, precisamente, el que me servirá para llegar a su territorio sin ser advertido —contestó con acento enigmático.

CAPITULO VIII

—Es cierto —convino Sago—. También nosotros estamos cansados de pelear. En Skivor hay espacio de sobra para todos, ¿Por qué pelearnos por unos trozos de tierra o por el estúpido prurito de demostrar más valor que los otros?

Jeb sonrió al oír hablar de ese modo al padre de Thalia. Sago era un hombre de regular estatura y escasamente fornido, al menos en apariencia. Pero tenía todo el aspecto de ser un sujeto inteligente y discreto.

—Has salvado a mi hija y te lo agradezco, pero aún es más notable que hayas conseguido la paz entre dvadios y sharmos —continuó Sago—. ¿Qué puedo hacer en tu obsequio?

—Ayudarme —contestó Jeb llanamente.

—¿Qué clase de ayuda?

Jeb miró a su alrededor.

—No hay aquí lo que busco —respondió, después de contemplar la relativa endebles de los materiales con que había sido construida la residencia de los padres de Thalia.

—¿Entonces...?

Jeb se fijó ahora en una lanza. Examinó la hoja. Era de piedra muy dura, de color blanquecino, aunque con cierta apariencia de vidrio, lo que le dijo que, aparte del mármol, si lo era, otra sustancia entraba en su composición. Tal vez era diamante muy impuro, pero lo que interesaba era su grado de dureza.

—¿Dónde encontráis esas piedras? —preguntó.

—Hay una cantera a medio día de distancia —respondió Sago.

—Es preciso que traigan una gran cantidad de estas piedras —dijo Jeb—. Yo indicaré a tus hombres la forma en que han de tallarlas para conseguir hachas y cuchillos muy afilados. Es lo primero que necesitamos.

—¿Qué piensas cortar con esas herramientas?

—Madera. Troncos y ramas de árbol.

—¿Y...?

—Construiré una embarcación para mí en primer lugar. Luego os enseñaré a construir naves más grandes, movidas en parte por fuerza humana y en parte por el viento. Cuando haya visto que ya las sabéis construir adecuadamente, iré a la capital de los superiores.

Sago movió la cabeza.

—Creo que te entiendo —dijo—. Pero ninguno de nosotros ha navegado jamás por el mar...

—Es necesario que aprendáis a navegar. En la Tierra, fue una de las cosas que primero aprendieron nuestros antepasados. ¿Vamos?

Sago y Jeb abandonaron la cabaña. La entrevista se había celebrado a solas. Thalia aguardaba en el exterior.

—Todo ha salido bien —sonrió el desterrado.

Ella suspiró, notablemente aliviada.

—Me alegro —dijo—. Habrá que enviar un mensajero a Ulux —añadió.

—Tu padre se encargará de ese asunto. Sago, di a Ulux que venga con un centenar de sus hombres. También los dvadios tienen que aprender a navegar.

—Pero ¿por qué tanto empeño en construir barcos? —se extrañó Thalia.

—Si tenemos que guerrear con los superiores, atacaremos por el lugar donde jamás esperarían llegar al enemigo. De todos modos, intentaré evitar el conflicto.

—Lo que significa que primero irás tú solo a la capital de los superiores —dijo Thalia aprensivamente.

—Así lo haré —contestó Jeb.

* * *

Días más tarde, Jeb examinó la primera hoja de hacha,

elaborada según sus indicaciones. Después de varios ensayos, consiguió elaborar un mango adecuado, a base de una madera muy dura.

El hacha quedó lista antes de una semana. Los que iban a construir más hachas, habían seguido atentamente todos los trabajos del joven. Era preciso disponer de herramientas cortantes en abundancia. Los sharmos, por otra parte, no eran lerdos; quienes habían fabricado tales puntas de lanza, no debían tener dificultad en fabricar buenas hojas de hacha con aquel mineral de diamante impuro.

Jeb eligió el primer árbol, largo y recto, y asestó el primer hachazo a un metro de la tierra. Era una lástima, se dijo, que no dispusieran de tiempo para secar la madera.

Después de derribados dos árboles sensiblemente iguales, Jeb se aplicó a la tarea de vaciar los troncos, dirigiendo los trabajos de los nativos. Cuando ya habían iniciado la labor, llegaron Ulux y sus cien dvadios.

A partir de aquel momento, los trabajos adelantaron con gran rapidez. A Jeb le habría gustado disponer de mineral de hierro para fabricar clavos y otros instrumentos metálicos, pero el tiempo era un elemento acuciante. No había tiempo de buscar un yacimiento y construir hornos de fusión.

En cambio, abundaban las bandadas de abejas elaboradoras de la tela que ya había utilizado una vez con tanto éxito. Aquellas telas aparecían por todas partes y las abejas no protestaban porque les arrebatasen el fruto de su labor; antes al contrario, iniciaban la fabricación de una tela nueva.

Jeb apreció que las abejas tardaban considerablemente en elaborar otra tela. Una araña terrestre habría concluido su labor en la décima parte del tiempo empleado por una abeja skivoriana. ¿Por qué?

Tres semanas más tarde, había construido un ligero catamarán, con dos troncos ahuecados, de unos ocho metros de largo por uno de ancho. En el centro colocó una plataforma, a la que sujetó un mástil. Las cuerdas hechas de tela de abeja servían como irrompibles ligaduras a los puntos de unión entre los distintos elementos de la nave.

Una tela, debidamente recortada, sería la vela. Jeb construyó también un par de remos y una espadilla para gobernar la

embarcación. Por lo que había apreciado, el Mar Infranqueable solía ser bastante tranquilo. Aunque el agua era salada, Jeb tenía la impresión de que se trataba de un gran lago, similar a alguno de los mayores de la Tierra. También en éstos había tempestades, claro.

Cuando terminó su barca, trazó los planos para la construcción de una nave con capacidad para cien personas.

La nave sería tripulada según los principios vikingos: todos remeros y todos combatientes. Pero también dispondría de una gran vela, para ahorrar esfuerzos. Enseñar a remar a aquellos nativos sería fácil; la navegación a vela resultaría algo más complicado.

Dos meses más tarde, se botó al agua la primera embarcación. Flotaba sobre dos enormes troncos de árbol, de sesenta metros de largo cada uno, debidamente ahuecados y afilados en las puntas. La plataforma era asimismo muy grande. Los remos serían simples canaletes, con mango muy largo. Cien hombres, manejando los remos al mismo tiempo, podrían imprimir a la embarcación una notable velocidad.

Cuando la primera nave estuvo concluida, Jeb inició los entrenamientos de la tripulación. Durante dos semanas, instruyó a los remeros, estudiando a varios de ellos, indistintamente dvadios y sharmos, a fin de que capitaneasen las restantes naves. Era preciso construir al menos un centenar de barcos, si quería que la invasión, caso de que no pudiera evitar el conflicto, acabara con el saldo de un sangriento fracaso.

Al finalizar el tercer mes, apreció que ya podía emprender el viaje. Entonces aprestó agua y víveres, si bien pensó que no le convenía llevarse el fusil. Era preciso tener en cuenta que se iba a hacer pasar por un superior.

Los datos que le habían suministrado acerca de la ciudad enemiga eran harto imprecisos. Sabía que estaba relativamente cerca de la costa, por lo que, en la noche, podría avistar sus luces. Pero ignoraba su emplazamiento exacto. Los mismos nativos no se ponían de acuerdo sobre el tiempo que se tardaba en llegar a la capital de los superiores.

—Y como no han navegado jamás, no tienen ni idea de la anchura de su Mar Infranqueable —rezongó, mientras concluía los preparativos de marcha.

Cuando todo estuvo dispuesto, se despidió de Sago y Ulux. Ambos le desearon buena suerte y le prometieron emplear a todos los

hombres posibles en la construcción de naves.

Jeb quiso despedirse también de Thalia, a quien no había visto desde la víspera.

—Ha ido a rogar por ti —dijo Sago.

—Podía haber esperado un poco —refunfuñó el joven—. Iré a verla...

—No se puede interrumpir a un sharmo mientras ruega por una persona a la que estima.

—Está bien. Salúdala en mi nombre. Volveré lo antes posible.

Jeb saltó a la embarcación. Varios brazos robustos empujaron la navecilla, separándola de la ribera algunos metros. Acto seguido, Jeb izó la vela.

Soplaba un ligero viento de través. Jeb orientó la vela, en medio de la admiración de miles de espectadores, que presenciaban por primera vez aquel espectáculo. El catamarán, a los pocos momentos, adquirió una notable rapidez de marcha.

El mástil, debidamente sujeto, medía unos doce metros de altura. Jeb contaba con casi cincuenta metros cuadrados de velamen. Aun con la más leve brisa, podría avanzar sin necesidad de utilizar los remos.

Poco después, fijó el rumbo. Sujetó la espadilla que hacía de timón y se dispuso a tomarse unas horas de descanso.

Era aún de día cuando despertó. Entonces oyó una voz conocida:

—¿Tienes hambre, Jeb?

El desterrado se sentó en la estera que le servía de lecho. A pocos pasos de distancia, sobre la plataforma, Thalia le miraba con la sonrisa en los labios. Arrodillada sobre sus talones, sostenía con sus manos un cuenco de barro en el que había carne fría y una torta.

—Polizón —dijo él con un gruñido.

—¿Qué significa eso? ¿Es un insulto?

—Es la calificación de un delincuente —gruñó él—. Pero ¿es que no te das cuenta de la dureza de la partida en que estamos empeñados?

—¿Te he fallado alguna vez? ¿Soy débil, tonta o cobarde?

Jeb alargó la mano y se apoderó del cuenco. En la plataforma había sobrados bultos para que una persona no pudiera esconderse con la mayor facilidad del mundo.

—Eres insensata —masculló, a la vez que se llevaba a la boca el primer trozo de carne.

Thalia rió argentinamente. La noche caía ya y el catamarán se movía con absoluta suavidad en un mar que parecía un espejo líquido.

—Lo siento —dijo ella—. No podía dejarte solo.

—Te guste o no, tendrás que quedarte sola en la nave cuando lleguemos a la otra orilla—. No puedes aparecer en la capital de los superiores con ese aspecto.

—He estado allí y sé cómo visten las mujeres superiores y conozco sus costumbres.

—Olshust estará informado de lo ocurrido. A estas horas, sabe que la hija de Sago ha tomado parte activa en las peleas. ¿Crees que no le habrán contado nuestra escapatoria del Cerro de la Llamada en el planeador?

Thalia se mordió los labios.

—No había pensado en ello —dijo.

—Si tú has estado en aquella ciudad alguna vez, no faltará alguien que pueda reconocerte. La cosa varía conmigo.

Jeb terminó de cenar cuando ya era de noche. La nave dejaba una doble estela de plata en las aguas, en las que se reflejaban las luces del satélite de Skivor y sus subsatélites.

Jeb tomó un par de sorbos de agua como postre. Para finalizar sus argumentos, dijo:

—Además, no puedes olvidar que eres mía y me debes obediencia.

—Lo segundo es cierto, pero... en cuanto a lo primero...

Había una cierta dosis de ironía en las palabras de Thalia. Jeb levantó la vista.

Ella estaba allí, en pie, junto al borde de la plataforma, agarrada

con una mano a uno de los obenques que mantenían fijo el mástil. La brisa agitaba suavemente sus cabellos, ahora sueltos libremente sobre su espalda.

Jeb sonrió y se puso en pie. Avanzó hacia la joven.

Thalia le miraba de un modo extraño. Jeb rodeó su cintura con los brazos y la atrajo hacia sí.

Dos bocas se juntaron ardientemente en la noche plateada.

* * *

Una semana más tarde, Jeb divisó unas chispitas de luz en el horizonte.

—Ahí está la capital... ¿Cómo dijiste que la llamaban sus habitantes?

—Filaié —contestó la muchacha.

Jeb utilizó los prismáticos de Veyn. Las luces destacaron nítidamente en su campo visual.

También podía ver la línea oscura y baja de la costa. Por lo que podía juzgar, Filaié se hallaba a cuatro kilómetros de la orilla. Parecía una ciudad bastante grande.

Hacía poco que se habrá hecho de noche. Jeb calculó que arribarían a la costa un par de horas más tarde.

Inició los preparativos. Thalia, debidamente instruida, gobernaba la nave por medio de la espadilla. El viento, casi constante durante toda la travesía, había sido un elemento netamente favorable en el viaje.

Jeb observó que la tierra firme era muy llana, sin apenas elevaciones de terreno. Tal vez los superiores habían creído más conveniente edificar Filaié en terreno llano, lejos de las montañas. Alguna ventaja habrían obtenido de ello, y la más pequeña no era precisamente poder disponer de una amplia visión del contorno, lo que les permitiría evitar los ataques por sorpresa.

Pero, al mismo tiempo, una ciudad en terreno llano ofrecía también al atacante las ventajas de una mayor facilidad para el asalto,

sobre todo si el número se contaba como factor estratégico. Como fuera, Jeb pensó que antes de lanzar un ataque contra los superiores le convenía una buena información.

Y esto era lo que más le faltaba.

A cien metros de la costa, arrió la vela. Movida por su propio impulso, más algunos golpes de remo, la embarcación tocó tierra al fin en una pequeña playa.

Jeb saltó del catamarán y lo empujó suavemente con las manos, metido en el agua hasta medio cuerpo, hasta situarlo en las inmediaciones de unas rocas con abundante vegetación. Ayudado por la muchacha, amarró sólidamente la nave y luego la cubrieron con ramaje.

Jeb llevaba también armas superiores. Era preciso desempeñar fielmente el papel de un nativo.

—No te muevas de aquí durante una semana —dijo—. Sé que te resultará duro, pero tiene que ser así.

—¿Y si no vuelves?

—Regresaré.

Thalia le puso las manos en los hombros.

—Esperaré sólo una semana —dijo—. Pero vuelve o arrasaré Filaié yo sola.

Jeb sonrió. Rozó con sus labios los de la joven y, acto seguido, emprendió la marcha.

* * *

La ciudad era grande, de amplias calles tiradas a cordel, por las que se movían gentes bien vestidas, que no parecían pasar penuria de nada. Los superiores, ciertamente, habían llegado a un elevado grado de civilización, pero les faltaba algo.

En la Tierra, los incas habían conseguido un calendario perfecto miles de años antes, y un sistema social muy notable. Habían construido gigantescos edificios y movido inmensas moles de piedra. Pero se extinguieron sin conocer la rueda.

En Filaié pasaba algo parecido, aunque las construcciones eran más livianas y de una sola planta. Jeb había cruzado la muralla que rodeaba la ciudad, no demasiado alta, un obstáculo relativamente pequeño para un ejército asaltante compuesto por hombres resueltos y audaces.

De repente, vio algo que le hizo sentir una viva extrañeza.

Dos seres pasaron por su lado, transportando una especie de andas, sobre las que llevaban una pesada carga. A Jeb le parecieron gorilas gigantes, de casi dos metros y medio de altura. Vestían un simple mono de mangas y perneras cortas y estaban descalzos, aunque sus extremidades inferiores terminaban en unos pies muy fuertes y no en manos, como los simios a los que tanto se parecían.

El cuerpo de aquellos seres era muy velludo y había en su simiesca cara una nota de apagada resignación. Los superiores se apartaban de ellos con disgusto claramente notorio. Uno de ellos, incluso, asestó un puntapié al segundo gorila, sólo porque le había rozado con el codo al pasar junto a él.

No hubo protestas por parte del simio. Con su compañero, se perdió por una calle transversal.

Jeb vio luego muchos más gorilas. En pocos minutos supo la verdad.

Eran los esclavos de los superiores, los que realizaban todos los trabajos. Jeb vio más tarde otros simios ocupados en la construcción de edificios, vigilados por soldados armados con arcos y flechas.

También captó la imagen de un fusil en manos de uno de aquellos guardias. La influencia de Massepov era evidente.

Permaneció buena parte del día estudiando la ciudad y sus defensas. Por fortuna, los soldados armados con fusil eran escasísimos. Jeb calculó que no llegarían al centenar.

Pero cien fusileros, debidamente entrenados, podían causar estragos en una tropa armada solamente con lanzas y arcos. ¿Qué se podía hacer para derrotarlos?

Al llegar la tarde, paró a un soldado de los que no llevaban fusil.

—Busco a Dale Peck —dijo.

El hombre le miró inquisitivamente.

—¿No sabes dónde se hospeda? —preguntó.

—Nunca le he visto —respondió Jeb.

Una mano se tendió a lo lejos.

—Allí —contestó el superior, señalando un edificio de mayores dimensiones que el resto—. Pregunta a la guardia de la entrada.

—Gracias.

Jeb siguió su camino. Poco después, se detenía ante otro soldado.

—Bien, pasaré tu petición inmediatamente —dijo el individuo, tras escuchar a Jeb.

Cuatro gorilas salieron de la casa, caminando pesadamente. Los guardias se burlaron de ellos soezmente y los apostrofaron con toda clase de insultos. Los gorilas se alejaron con absoluta mansedumbre.

Al fin, un soldado se acercó a Jeb.

—Sígueme.

Jeb caminó detrás del individuo. Una escalera de peldaños de recias losas les condujo al piso superior. El guardia abrió una puerta y dijo:

—Entra.

Jeb cruzó el umbral, encontrándose en una vasta estancia, lujosamente decorada, en la que, medio tendida en un diván, había una hermosa mujer.

—Soy Dale Peck —dijo ella.

CAPITULO IX

—Y te esperaba —añadió la mujer, gozándose ante la estupefacción del terrestre.

Jeb guardó silencio unos momentos. Dale contaba unos treinta años y tenía el pelo muy rubio. Vestía someramente, dejando al descubierto buena parte de sus innegables encantos anatómicos.

—¿Me esperabas? —habló Jeb por fin.

—Sabíamos que te habían desterrado aquí. La reacción de los nativos no era lógica. Por tanto, alguien les había cambiado sus hábitos de guerra.

—Puestos a ser sinceros, te diré que dvadios y sharmos se han unido contra vosotros.

Dale sonrió despectivamente.

—Los barreremos —contestó.

—¿Cómo?

—Igor Massepov traerá treinta mil fusiles y sus correspondientes cargas. Los salvajes que sobrevivan, serán deportados muy lejos del país en que actualmente residen.

—Empiezo a sospechar que el famoso «critio» se da únicamente en aquellas tierras —dijo Jeb.

Los maliciosos ojos de Dale contemplaron un instante la indumentaria del joven. De pronto, señaló su cinturón.

—Lo has hecho tú —dijo.

—Sí. Lo necesitaba.

—Bien, ese tejido es «critio».

Jeb se quedó sin aliento.

—La tela de abejas es...

—Justamente, «critio».

—Sabía que esos insectos elaboraban una tela metálica, pero nunca se me ocurrió llamarla «critio».

—Es un nombre clave, simplemente. No tiene ningún significado especial —sonrió Dale.

—Ya. Pero ¿qué interés tenéis en...?

—Existe el proyecto de construir quinientos o seiscientos satélites de energía. Necesitarán enormes pantallas para recoger las radiaciones solares. La tela de abeja no sólo es el mejor material, sino, podría decirse, el único capaz de almacenar energía solar durante el día y expedirla por la noche. Los satélites no estarán en una órbita totalmente fija, sino que tendrán períodos de exposición a la luz del sol y períodos en que estarán ocultos por la sombra de la Tierra.

—Voy entendiendo, aunque no del todo...

—Las abejas skivorianas son unos animalitos muy simpáticos. A diferencia de las arañas terrestres, no segregan hilos de seda que, a fin de cuenta, no es una sustancia orgánica, sino hilos de metal puro. No se sabe bien cómo se efectúa esa transformación en su organismo, aunque se supone que los hilos que elaboran son el resultado de expulsar las moléculas de metal contenido en sus alimentos. En fin, esto es cosa de poca importancia, ¿no te parece?

—Claro, por eso una abeja tarda en elaborar su tela diez veces más que lo haría una araña terrestre.

—Exactamente.

—Bien, pero no era necesario provocar un conflicto para conseguir el «critio»...

Dale sonrió extrañamente.

—Queremos ser los únicos dueños del «critio» —contestó—. Así impondremos nuestras condiciones al Gobierno Superior de la Tierra.

—Yo diría mejor que tú y Massepov queréis convertirlos en los amos del planeta.

Ella se echó a reír.

—No creo que eso pueda interesarte mucho ahora —respondió—. En un principio, pensé en la posibilidad de utilizar mis encantos para seducirte y conseguir que te unieras a nosotros. Massepov me convenció de lo contrario.

—¿Por qué?

—Sabe que vivo serás siempre un obstáculo para nosotros —respondió Dale con voz que bruscamente se había hecho tensa.

De pronto, se sentó en el diván.

—Lo siento —añadió—. Debes morir.

—¿Ahora?

—Olshust ratificará mi sentencia. Tal vez dures vivo un día o dos, pero no más —fue la tajante respuesta de aquella hermosa y despiadada mujer.

—¿Aprobará Olshust tu sentencia?

Dale tomó ahora una postura destinada a resaltar todavía los encantos de su pecho bien contorneado.

—Olshust aprobará todo lo que yo diga —contestó—. Para él soy un elemento exótico, muy distinto de las insípidas bellezas locales. El pobre está muertecito por mí.

—Si, ya entiendo. Lo que se hace muy difícil de creer es que tú y Massepov podáis llegar a dominar la Tierra.

—La Tierra y Skivor —exclamó Dale altaneramente—. El «critio» es necesario para los satélites de energía. Quien tiene la energía, posee el mundo. Esto es algo que viene de muy antiguo, no lo olvides.

—Para vosotros debió de ser una sorpresa muy agradable el hallazgo del «critio» —dijo Jeb.

—En cierto modo, se debió a la casualidad. Se necesitaba un metal lo suficientemente fino y dúctil que, además, poseyese la cualidad de almacenar la energía durante un determinado período de tiempo, para devolverla después, cuando se la requiriese como fuerza motriz o simplemente para iluminación. Esto lo dijeron los científicos. Igor, comandante de un escuadrón de patrullas del espacio, dio un día con Skivor y sus abejas hilanderas. Le chocó la tela, la hizo analizar...

—Y elaboró el plan de conquista, comprendo. Pero la Tierra, tengo entendido, no está tan lejos como para tardar seis u ocho meses en ir y venir.

—Hay ciertos elementos que no se fabrican actualmente y de los que sólo existen muy contados ejemplares.

—El fusil «Radium-1.000», por ejemplo.

—Justamente. Necesitamos treinta mil e Igor se encargará de que los fabriquen y de su transporte, así como de las municiones. En realidad, ya lo está haciendo.

—Te doy las gracias, Dale; has sido muy explícita, salvo en una cosa.

—Dime, Jeb.

—No puedes ejecutarme sin un mínimo de formalidades. ¿Cuál es el delito del que voy a ser acusado?

—Espionaje —contestó ella sin vacilar—. Las pruebas están en tu antebrazo izquierdo. Ese tatuaje, que indica una falsa identidad, es tu condena a muerte.

* * *

La celda era espaciosa y nada incómoda, aunque escasa de mobiliario. Jeb disponía de una cama, una mesa y un taburete, además de un grifo del que manaba continuamente un hilillo de agua, que se perdía por un orificio abierto en el suelo y que no medía más de veinticinco centímetros de diámetro.

El desagüe no era lo suficientemente ancho para su cuerpo, lo mismo que el diminuto orificio que servía para la ventilación, por el que apenas cabía su mano. Entraba luz por aquel agujero, pero era escasa. Cuando se hacía de noche, Jeb no contaba siquiera con una antorcha para iluminar la negrura de su calabozo.

A las pocas horas de estar encerrado, se abrió la puerta. Jeb parpadeó al ver a un gigantesco gorila portador de una bandeja con alimentos.

—Comida —dijo el simio.

Detrás de él, había dos soldados, uno de ellos armado con un fusil. Jeb se sintió atónito al ver que el gorila podía hablar.

—Come —dijo el simio, segundos después, en vista de que el prisionero no reaccionaba—. Tengo que llevarme la bandeja vacía.

Jeb se sentó a la mesa, con la mente convertida en un torbellino.

De modo que aquellos simios eran inteligentes, pese a su aspecto.

No tenía gran apetito, pero se dijo que, le convenía conservar las fuerzas. Al terminar, el gorila se llevó la bandeja, sin haber pronunciado una sola palabra más.

Jeb reflexionó mucho cuando la celda quedó a oscuras. Una cosa resultaba clara: los simios eran esclavos de los superiores.

Aquella raza prehumana estaba notablemente atrasada. Pero la figura no tenía nada que ver con la inteligencia. Podían hablar y razonar, aunque quizá fuesen más torpes en ver las cosas. Pero ahora comprendía por qué los superiores vivían poco menos que sin dar golpe: todos los trabajos, en especial los más duros y penosos, eran realizados por los simios. «Si no les llaman inferiores, es que soy el campeón de los idiotas», pensó.

Y aquellos gorilas, ¿no habían sentido nunca el deseo de rebelarse contra situación tan humillante?

Si tenía tiempo, sería cosa de hablar con aquel criado, se dijo.

Consiguió dormirse. A la mañana siguiente, apenas se hizo de día, el mismo gorila le trajo el desayuno.

Jeb protestó inesperadamente:

—La celda está sucia. ¿He de limpiarla yo también?

Los guardias se sobresaltaron. El gorila, impasible, permanecía junto a la mesa, esperando a que el prisionero consumiera su desayuno.

Hubo un cuchicheo entre los dos soldados. Al fin, uno de ellos decidió:

—Eh, tú, limpia esa celda.

—Está muy sucia. Tardará bastante —dijo Jeb.

—Bueno, no tenemos prisa. Ahí te quedas con ese estúpido.

La puerta se cerró de golpe. Jeb contuvo las ganas que sentía de dar un salto de alegría.

—Espera —dijo, al ver que el simio se disponía a acercarse a su cama—. Quiero hablar contigo.

El gorila le miró con cierto asombro.

—¿Hablar? ¿Tú conmigo? —preguntó.

—¿Por qué no? Eres un ser humano, creo.

—Sólo soy un inferior...

—¿Cómo te llamas?

—Kaa't, pero tú estás hablando conmigo...

Jeb sonrió. Sus sospechas se habían confirmado.

—La figura poco tiene que ver con la inteligencia —dijo—. Hablas y razonas, luego eres un ser humano, como yo. Y, sin embargo, te has dejado esclavizar.

—Ellos tienen armas, nosotros no.

—¿Qué me dices de tus manos? ¿No serían capaces de romper esa puerta de un solo golpe?

Los ojos de Kaa't se hicieron húmedos de repente.

—Hubo un tiempo en que vivíamos libres y felices en nuestros bosques. No necesitábamos armas de ninguna clase, teníamos suficientes con nuestras manos —contestó evocadoramente—. El alimento abunda, no era necesario trabajar demasiado para buscarlo...

—¿Está muy lejos tu país?

—Cincuenta días de marcha. Pero ¿por qué le interesas tanto por mí, superior?

—Yo no soy un superior —rió el preso—. Me llamo Jeb. Kaa't, cuéntame, ¿cómo os capturaron?

—Vinieron muchos superiores. Yo era joven entonces, casi un niño. Tenían armas muy poderosas; lanzaban pequeños venablos a gran distancia. Murieron muchos; los demás, fuimos hechos prisioneros. A partir de entonces, no hemos hecho otra cosa que trabajar, aunque nos dejan vivir en un sector de la ciudad.

—¿Cuántos sois ahora?

—Yo diría que unos treinta mil. Hace ya veinticinco años que soy prisionero, lo mismo que mi mujer... Tenemos dos hijos... Muchos se unieron y el número de los inferiores creció a pesar de todo...

Los ojos de Jeb brillaron.

—Kaa't, ¿te gustaría volver con tu mujer y tus hijos a los bosques en que nacisteis ambos?

—Eso es imposible...

—Eso será posible si me ayudas, Kaa't.

Hubo un momento de silencio. Jeb adivinó que en el tardo cerebro del humano con figura de simio se libraba una dura lucha entre la resignación que parecía ahora formar parte de su idiosincrasia y las ansias de libertad.

—Está bien —dijo Kaa't al cabo—. ¿Qué es lo que debo hacer?

Jeb habló rápidamente. Kaa't tenía entornados los párpados, como si quisiera absorber de una manera indeleble todas las palabras que llegaban a su cerebro.

Cuando terminó de hablar, el simio dijo:

—Estoy de acuerdo contigo. Aguardaremos la señal para actuar.

—Tardaremos algunos meses en llegar. Ten paciencia, Kaa't.

Algo parecido a una sonrisa apareció en la ancha boca del gorila.

—Quien ha pasado veinticinco años de esclavitud, ¿no puede esperar algunos meses más? —contestó.

—Es un buen argumento —sonrió Jeb—. Dime, ¿no habrá peligro de que alguno de los de tu raza revele nuestros planes?

—Callarán, te lo aseguro.

—Estupendo. Kaa't, dame tu mano.

El gorila titubeó.

—Tú, un superior...

—Me llamo Jeb, no lo olvides. Vamos, dame esa mano.

Kaa't obedeció. Su cuerpo sufrió un estremecimiento al tomar contacto con la mano de un ser a quien hasta entonces había considerado como intocable.

Jeb sonrió también. Sabía que, con aquel sencillo gesto, acababa de ganar un amigo.

—Recuerda la señal —dijo.

—Estaremos listos —prometió Kaa't.

—Anda, vamos a arreglar la celda un poco; no quiero que esos dos sujetos se den cuenta de que hemos hecho un pacto.

Minutos más tarde, Jeb tocó con la mano en la puerta.

—Vamos, abran —gritó.

Alguien descorrió un rechinante cerrojo al otro lado. A espaldas de Jeb, Kaa't permanecía en la actitud servil que observaba continuamente.

La puerta se abrió. Jeb captó inmediatamente la situación.

El fusilero estaba al otro lado del corredor. Delante de él tenía a un guardia armado con una simple lanza.

Su puño derecho se disparó con potencia indescriptible. El lancero voló por los aires y chocó contra el fusilero, quien rodó al suelo, sorprendido por la inesperada acción de Jeb. Inmediatamente, Jeb se lanzó hacia el del fusil y lo dejó sin sentido de un brutal puntapié en la mandíbula.

El arma pasó a su poder, sin perder un solo segundo. Jeb se apoderó también de una bolsa de cartuchos Después se volvió hacia la puerta abierta de su calabozo.

Kaa't permanecía inmóvil, con la bandeja en las manos. Jeb le hizo un gesto con la mano.

—Hasta la vista —se despidió.

Kaa't movió ligeramente la cabeza. Cuando el joven hubo desaparecido, fijó la vista en los dos cuerpos que yacían inmóviles sobre las losas del pavimento. Le habría gustado saltar sobre ellos y aplastarlos a patadas, pero debía seguir representando el papel de esclavo sumiso y obediente.

A Jeb le había enseñado el camino para salir al exterior. Por tanto, estaba seguro de que consumaría la evasión sin más inconvenientes. Esperó cosa de diez minutos y luego salió tranquilamente, sin mirar más a los dos guardias, que continuaban desmayados.

Ya no sería más un inferior. El y los suyos volverían un día a la

libertad de sus amados bosques.

CAPITULO X

Los ramajes crujieron en las inmediaciones. Thalia se despertó, sobresaltada.

—¡Uhú! —llamó alguien a corta distancia.

Thalia sintió que se le aceleraban los latidos de su corazón.

—¡Jeb!

—El mismo, preciosa. Ella se puso en pie de un salto. Instantes después, caía en los brazos del hombre amado.

—Jeb, querido, he pasado unos días terribles...

—Me lo imagino, pero ya no hay motivos de aprensión —contestó él, después de besarla ardientemente—. Anda, vamos a zarpar; hablaremos cuando hayamos salido al mar.

Thalia comprendió que abandonar la costa era lo más urgente y se aplicó a la tarea de quitar los ramajes que ocultaban la embarcación. Jeb soltó las amarras y se metió en el agua para empujar al catamarán unos cuantos metros.

Después de remar algunos minutos, izó la vela. Soplaban un viento de regular fuerza, por la amura de estribor, con lo que el catamarán adquirió velocidad rápidamente. Jeb se dio cuenta de que, a poco que se mantuviese el viento, reducirían el tiempo de travesía en dos días, por lo menos.

Cuando estuvieron ya a buena distancia de la costa, ella dijo:

—Bien, cuéntame ya; me muero de impaciencia por saber lo que has hecho.

—Muchacha, tienes ante ti a un hombre que ha eludido su condena a muerte —contestó él.

—¿Qué? ¿Te hicieron prisionero?

Jeb relató sus peripecias desde su llegada a Filaié, Ella le escuchó en silencio y se sintió terriblemente preocupada al conocer la noticia de los proyectos de Dale y el capitán Masepov.

—Será una horrible guerra —vaticinó lúgubremente.

—Tal vez podamos evitarla —alegó él.

—¿Asaltando la ciudad?

—Sí.

—Seremos diez mil en las naves, a lo sumo, contra treinta o cuarenta mil superiores. Aunque no tengan los fusiles prometidos...

—He ideado un plan para debilitar las fuerzas defensivas de la capital. Además, no olvides que contaremos con la ayuda interior de que ya te he hablado.

Thalia hizo un gesto de repugnancia.

—Los inferiores —dijo despectivamente.

—Nunca me hablaste de ellos —observó Jeb.

—¿Para qué hablar de unos seres que ni siquiera merecen ser mencionados? ¿Son esos horribles monos los que nos han de ayudar a ganar la pelea?

Jeb se puso serio.

—Sólo me faltaban prejuicios raciales —gruñó.

—No entiendo —dijo Thalia desconcertada.

—Los inferiores son seres humanos como tú y como yo, pese a su figura, y tratarlos con desprecio o, peor aún, como esclavos, es algo inalicable. Puede admitirse que sean no tan inteligentes y más torpes que nosotros, que eso es algo que todavía está por demostrar, pero lo que no se puede consentir en modo alguno es que se les trate como bestias.

—Siempre ha sido así...

—Alguna vez tiene que cambiar. No pretendo que viváis con ellos o junto a ellos; simplemente, quiero que se les respete, como otros os respetan a vosotros. Por lo menos, eso: respeto. ¿Has entendido?

—Tienes unas ideas muy extrañas, aunque supongo que se debe a tu distinto origen. Pero ¿estás seguro de que nos van a ayudar?

—Thalia, si tú fueras una esclava de alguien y viniese un

hombre a proponerte la libertad a cambio de tu ayuda, ¿qué te contestarías?

Ella sonrió.

—Imagínatelo —dijo.

—Hay treinta mil inferiores en Filaié. Sólo esperan mi señal para atacar desde dentro a los superiores —aseguró Jeb rotundamente.

El viento soplaba sostenidamente, sin rachas de distinta fuerza. Más que navegar, el catamarán parecía deslizarse a la manera de un trineo, sin apenas oscilaciones ni balanceos.

Thalia se acercó al desterrado y le miró con expresión sonriente.

—Jeb, ¿por qué no hablamos ahora de nosotros mismos? —sugirió.

El joven aseguró la espadilla. Luego se acercó a Thalia y la abrazó con todas sus fuerzas.

—¿Crees que será necesario hablar? —murmuró al oído de la bella nativa.

* * *

Los trabajos se realizaban a gran ritmo. Reinaba una actividad febril en aquellos astilleros montados a corta distancia del mar, en el que antes no había navegado ninguno de los nacidos en aquellas tierras.

Había ya varias naves terminadas. Jeb salía a diario con distintas tripulaciones, a fin de proporcionarles un entrenamiento mínimo en el remo y en la vela. Tras reflexionar profundamente, había decidido que usaría la vela solamente en caso de viento muy favorable. Aprender a remar era fácil; conocer el manejo de una vela, por muy sencilla que fuese de trazado, ya era otra cosa.

Las embarcaciones podían navegar incesantemente. Cada una llevaría cien guerreros, pero sólo la mitad remarían, cincuenta en cada equipo y veinticinco por banda. De este modo, los relevos de los equipos serían el medio de proporcionar a la flota una velocidad constante.

Las mujeres ayudaban en el trenzado de las cuerdas y en la «recolección» de las telas de abeja. En aquellos inmensos bosques había cientos de toneladas de aquel extraño metal, tan ligero sin embargo, ya que su densidad apenas si superaba a la del agua. Y el «critio» nunca faltaría, dado que sus «fabricantes» lo elaboraban sin cesar.

Dos meses después de su vuelta de Filaié, Jeb reunió a Ulux y Sago, para explicarles el plan de ataque.

Había trazado un sencillo mapa del país, basado sobre todo en observaciones de algunos exploradores destacados en puntos elevados, desde donde podían divisar gran cantidad de terreno. Por otra parte, y dada la cultura de los jefes, era preciso que el mapa fuera lo más sencillo posible.

—Zarparemos hacia Filaié dentro de dos semanas —dijo—. Diez mil hombres irán embarcados, pero es necesario que los demás se preparen para atacar la ciudad por tres puntos distintos. Para eso será preciso dar un gran rodeo, a fin de que el ejército no pueda ser avistado por los exploradores de Filaié.

—Iremos muy tierra adentro y luego giraremos en la dirección conveniente —dijo Ulux.

Jeb trazó en el mapa la línea de marcha.

—Cuando estéis a tres jornadas de Filaié, deberéis hacer alto y esperar una noche la señal que os llegará del mar —dijo—. Para ello destacarás una línea de exploradores, separados por la suficiente distancia para que se vayan haciendo señales uno a otro, hasta que lleguen al grueso del ejército. Serán grupos de tres o cuatro hombres y, muy importante, eludirán en absoluto la lucha con las posibles patrullas de exploración de los superiores. Estos no deben tener noticia de la inminencia del ataque, hasta que sea ya demasiado tarde. Por supuesto, sabrán solamente que van a ser atacados por tres columnas que llegarán por la parte de tierra. Sus esfuerzos, por tanto, se concentrarán en los puntos precisos.

—La parte de mar quedará libre —dijo Sago.

—Exactamente. Pero todavía quedan los inferiores y éstos atacarán al recibir mi señal, Es decir, si los superiores no se rinden,

—¿Cómo? —dijeron los dos jefes a un tiempo.

—Parlamentaré con Olshust. Está engañado, alguien le ha

sorbido el seso. Entre los superiores, pese a todo, hay muchos inocentes. No quiero una matanza.

—No aceptarán tu propuesta de rendición —aseguró Ulux.

Jeb se encogió de hombros.

—Entonces, tendrán que pelear —contestó—. Pero cuando asaltemos la ciudad, será preciso respetar a todos los no combatientes: mujeres, niños y ancianos, muy especialmente. Desearía de todo corazón evitar la guerra: es preciso que todos aprendan a vivir en paz en Skivor... Si se entabla la lucha, los supervivientes deberán aprender a conocer las razones de los vencedores, pero si ven que matamos indiscriminadamente, siempre guardarán rencor hacia nosotros.

—Eso es muy razonable —aprobó Sago.

Jeb terminó de perfilar los detalles del plan de ataque. En realidad, sólo quería impresionar a los superiores y empujarles a la rendición, antes de que se entablase una batalla en la que podía haber, tal vez, millares de bajas. No obstante, dudaba de que Olshust, presionado por la bella y ambiciosa Dale Peck, aceptase entrar en negociaciones para la paz.

Cuando terminó, dijo:

—Ahora sólo falta una cosa. Al menos para parlamentar con Olshust, necesito que me otorguéis poderes para representaros con plena autoridad y facultad de tomar decisiones.

Sago y Ulux asintieron simultáneamente.

—Eres uno de nosotros —dijo el primero.

—Si vencemos, dvadios y sharmos se fundirán en un solo pueblo —manifestó Ulux—. Será preciso proceder a la elección de un nuevo jefe.

—¿No crees que eso es prematuro? —Jeb sonrió a la vez que se volvía hacia el otro—. Sago, tengo que pedirte permiso para casarme con tu hija.

Sago se echó a reír.

—Todavía tienes que aprender las costumbres de nuestro pueblo —contestó—. Cuando una doncella llega a la edad de tomar esposo, no pide permiso a nadie. Se casa con él y basta.

—Pero... se necesitará alguna ceremonia...

—Los dos enamorados se presentan ante los padres respectivos y declaran sus intenciones de convertirse en esposos. Cuando han visitado a las dos parejas de padres, ya son marido y mujer.

—Vaya, eso sí que es simplificar las cosas —exclamó Jeb—. Pero ¿qué pasa cuando él no tiene los padres a mano?

—Ven luego con Thalia. Su madre y yo os esperamos. En cuanto digáis que queréis casaros, delante de nosotros, podréis consideraros esposos.

—Así da gusto —sonrió el desterrado, pensando en que los que le habían enviado a Skivor como castigo, no sabían que le proporcionaban un hogar, además de una patria.

* * *

En el mástil de la embarcación capitaneada por Jeb se había instalado una cruceta, para una cofa, a veinte metros de la cubierta. La nave marchaba muy destacada de las demás y, de repente, al cabo de varios días, el vigía hizo señales de que divisaba la costa.

Jeb trepó a la cofa y observó por medio de los prismáticos. Luego dio orden de virar de bordo.

—Retrocederemos un poco, a fin de salirnos del alcance visual de unos posibles exploradores superiores —dijo—. Al hacerse de noche, iniciaremos la navegación de nuevo, para desembarcar antes de que se haga de día.

Horas más tarde, en la nave situada en el extremo del ala izquierda de la flota, se encendió una luz. Pasado un buen rato, se divisó otra luz a gran distancia.

—Ya han captado nuestra señal —exclamó Jeb, satisfecho—. ¡Adelante!

Cinco mil remos se hundieron en el agua inmediatamente. Jeb pensó en la enorme sorpresa que se llevarían los superiores cuando se vieran atacados por un punto totalmente inesperado.

Thalia, sin embargo, no se sentía tan optimista.

—Temo por ti —dijo, con la cabeza apoyada en el hombro del joven.

—No hay motivos. Iré a Filaié, hablaré con Olshust y...

—No respetarán tu calidad de parlamentario —alego ella.

—A pesar de todo, debo ir —insistió Jeb.

Thalia guardó silencio. Le hubiera gustado oponerse a la voluntad de su esposo, pero sabía que la decisión de Jeb era inquebrantable.

—Tienes que comprenderlo —dijo él, para tranquilizarla—. Debo ir, porque quiero que en Skivor haya paz para siempre. Y la única forma de conseguirlo es evitar que se realicen los turbios planes de Igor Massepov y de su hermosa y despiadada cómplice.

CAPITULO XI

Los soldados que estaban en la muralla se sorprendieron al ver a un hombre que avanzaba hacia ellos, con un palo en la mano, al cual había atado un trozo de piel blanca. Jeb no tenía la menor idea acerca de las costumbres de los superiores en este sentido, pero había creído conveniente actuar como si estuviese en la Tierra.

La muralla era muy sólida, pero de poca altura: cuatro metros como máximo. Jeb sabía que había sido alzada para defender la ciudad de un posible ataque de los dinosaurios octópodos. Era, prácticamente, su único objeto, ya que ni siquiera tenía almenas, y mucho menos parapetos. Los centinelas se paseaban simplemente por el espacioso camino de ronda que constituía la parte superior de la muralla, cuya anchura era algo superior a los dos metros.

Las puertas eran relativamente pequeñas y aparecían abiertas durante el día. En los campos contiguos, Jeb había visto infinidad de inferiores trabajando la tierra, vigilados por algunos guerreros. Al llegar a la puerta, se preguntó si no estaría haciendo el ridículo acercándose con aquella bandera de parlamento.

Pero los acontecimientos debían seguir el ritmo calculado. Uno de los centinelas avanzó el cuerpo y gritó:

—Eh, tú, ¿qué diablos quieres?

—Soy Jeb. Haz que avisen al jefe Olshust. Quiero hablar con él.

—¿Le conoces?

—Olshust sabe quién soy yo. Vamos, aprisa o hará que te despellejen vivo.

Con gran alivio, Jeb observó que los centinelas no llevaban todavía fusiles. Massepov no había llegado aún de la Tierra.

Media hora más tarde, cuatro ceñudos individuos acudieron a buscarle.

Eran terrestres y sí estaban armados con fusiles.

—De modo que tú eres Jeb Carr—dijo uno de ellos.

—Desde mi más tierna infancia —sonrió el joven.

—Está bien. Voy a decirte una cosa, Carr: Tenemos orden de fusilarte.

Jeb respingó.

—Soy un parlamentario...

El mercenario no quiso atender a razones.

—Ella ha dado orden de que te ejecutemos —gruñó—. Vamos, ponte ahí, frente a la pared.

Jeb se sentía aturdido. Ni en el más pesimista de los presentimientos se hubiera imaginado un fin semejante. Cuatro fusiles iban a acabar con él...

Como en sueños vio a los cuatro mercenarios situarse frente a él, a diez pasos de distancia. Ni siquiera intentó escapar; las balas serían infinitamente más rápidas.

Y tenían una potencia muy superior a la de las flechas. No podría parar cuatro balas con las manos...

De repente, sonó un agudo grito:

—¡Bajad esos fusiles, imbéciles!

Alguien corría hacia ellos precipitadamente. Debía de tratarse de algún oficial, pensó Jeb.

—El prisionero debe ser conducido inmediatamente a presencia del jefe Olshust —dijo el recién llegado.

—Pero la señora Peck ha dicho...

—¿Quién manda aquí? —preguntó el oficial agriamente—. Vamos, tú —se dirigió a Jeb—, sígueme. Olshust quiere hablar contigo.

Jeb se inclinó.

—Será un placer, créeme —contestó.

Dale asistía a la entrevista. Jeb se dio cuenta de la furia que anidaba en el pecho de la bella mujer. Entonces, ¿no era Olshust un títere en sus manos?

—Quiero saber qué pretendes, extranjero —dijo Olshust.

—Es bien sencillo. La paz.

—¿Cuáles son tus condiciones?

—Renuncia a tus propósitos. Sharmos y dvadios se han unido en un solo pueblo. Quieren vivir en paz, simplemente.

—Yo tengo otros planes...

—Abandónalos, Olshust.

El jefe de los superiores pareció meditar.

—Skivor puede progresar mucho bajo mi mando —dijo al cabo.

—Con la ayuda de estos mercenarios, ¿no es así?

—Nos han proporcionado armas maravillosas y traerán muchas más...

—No tendréis tiempo de usarlas. Nosotros atacaremos antes y os derrotaremos.

Olshust se echó a reír.

—Te has puesto de parte de una banda de salvajes incivilizados. Sí, atacarán en manadas y nosotros los exterminaremos, aun con las pocas armas de fuego de que disponemos —aseguró.

—Y todo el «critio» será tuyo.

—Exactamente.

—Me defraudas, jefe Olshust, Creí que me habrías perdonado la vida para hablar sensatamente de paz.

—No. Simplemente, quería hablar contigo. Aparte de eso, no quiero que nadie se atribuya poderes que no le competen.

Jeb miró a Dale. La mujer enrojeció. Había logrado convencer a Olshust para que fuese a la guerra, pero el nativo no toleraba que le usurparan el puesto, al menos en asuntos de cierta importancia.

—Vete, Jeb —dijo Olshust—. Aconseja a los tuyos que se

entreguen; será mejor para todos. Si intentáis atacarnos, os aplastaremos. Y para los supervivientes, la existencia se hará insoportable.

Jeb se inclinó.

—Lo haré saber así a Ulux y Sago —dijo.

Dale sonrió.

—Has elegido el bando perdedor —exclamó burlonamente.

—Al menos, está compuesto por personas decentes. —Jeb se inclinó ante Olshust—. Te doy las gracias por haberme escuchado.

Olshust movió una mano.

—Podrás salir con vida de la ciudad —dijo—. Pero no vuelvas a intentar parlamentar; ya no habrá más entrevistas.

—De acuerdo. ¿Puedo pedirte el último favor. Olshust?

—¿De qué se trata?

—Haz que los mercenarios se mantengan lejos de mí. No quiero recibir un tiro a traición.

—Tu vida será respetada, te lo aseguro. Ve tranquilo.

—¿Crees que te tememos? —se burló Dale.

—Para cierta clase de gentes, la traición es tan natural como el aire que respiran —respondió Jeb fríamente.

Dale lanzó un grito de rabia. Pero Jeb se encaminaba ya hacia la puerta, seguido del oficial que tan oportunamente había llegado para salvarle la vida.

Jeb se despidió del oficial en la puerta de la muralla.

—Gracias —dijo—. Eres un buen hombre y no me gustaría que sufrieses ningún daño.

—Esa mujer no me gusta en absoluto. Nos llevará a la ruina —dijo el superior melancólicamente. De pronto se irguió—. Pero soy leal a los míos y combatiré hasta el final. Por otra parte, vuestras posibilidades son nulas.

—Veremos —respondió Jeb cautamente—. De todos modos, gracias otra vez.

Alguien, a poca distancia, aprestó un fusil. Jeb trotaba ya por la planicie.

De repente, una flecha salió disparada del arco con tremenda potencia. El fusilero gruñó algo y se tambaleó, con el cuerpo pasado de parte a parte por la saeta.

El oficial se le acercó y le miró fríamente.

—No me gustan los traidores —apostrofó al caído.

Luego pensó si no convenía hacer lo mismo con aquellos seres venidos de tan lejos, con bellas palabras, pero, en realidad, dispuestos a buscarles la ruina a cambio de unas más que hipotéticas ventajas.

Habían hecho un mal negocio, suspiró, presintiendo que Jeb no habría ido a parlamentar, de no estar seguro de vencer.

* * *

Los centinelas de la muralla dieron el aviso oportuno y miles de guerreros acudieron a sus puestos. Por tres lados de la ciudad, se veían a lo lejos las espesas columnas de los ejércitos atacantes.

Dale y Olshust acudieron a la muralla.

—Los barreremos —dijo la mujer despreciativamente—. Tenemos cien fusiles y bastarán...

—Son muchos —apreció Olshust, preocupado.

—Bárbaros, salvajes, indisciplinados —calificó ella—. Los barrerás y luego te proclamaremos rey de Skivor.

Los atacantes se aproximaron a tiro de flecha. Pero entonces los arqueros de la muralla dispararon las suyas y les obligaron a retroceder en toda la línea.

Dale soltó una estridente carcajada.

—¿Lo ves, rey Olshust? Han huido a las primeras de cambio...

De repente sonó un agudo grito.

Alguien señaló en dirección al mar, que se veía a lo lejos como una delgada línea de plata.

Mucho más cerca, se alzaban al cielo tres columnas de humo negro, casi paralelas. La risa se heló de pronto en la garganta de Dale.

Miles de hombres aparecieron procedentes del mar. Avanzaban en compactas columnas, rítmicamente, en perfecta formación, como una masa irresistible que arrollaría inevitablemente cuanto se opusiera a su paso.

De repente, dentro de la ciudad, se oyó un griterío espantoso.

Dale y Olshust se volvieron. Miles y miles de seres velludos corrían desaforadamente hacia la muralla, lanzando roncós alaridos, que helaban la sangre en las venas.

Tronaron algunos fusiles. Varios inferiores cayeron, pero los demás prosiguieron su feroz carrera.

Dale sintió un escalofrío de miedo. Aquellos seres con figura de bestias no tendrían piedad de ellos.

El cuerpo a cuerpo se inició bien pronto. Los superiores eran derrotados fácilmente: cada vez que uno era atrapado por un gorila, salía disparado a diez o doce metros de altura. Al caer, se estrellaba contra el suelo. Inmediatamente, un pie le aplastaba el cráneo.

Miríadas de flechas volaron sobre la muralla desde todos los puntos del contorno. Los gritos de dolor se multiplicaban por todas partes. Olshust gemía de terror.

El avance era incontenible. Entre los atacantes se oían ya los gritos que anunciaban la victoria. Cada vez había más claros en el coronamiento de la muralla.

De repente, Dale vio una bandera blanca entre los atacantes que procedían del mar. Un hombre se destacó de las filas enemigas.

—¡Es Jeb! —gritó un mercenario.

—Mátalo, mátalo —gritó ella, ebria de furor.

El mercenario se llevó el fusil a la cara. A cien metros sonó un disparo. Un cráneo humano voló por los aires, en mil sangrientos pedazos.

Jeb se volvió hacia Thalia y sonrió.

—¡Buen tiro! —exclamó.

Ella agitó una mano. Con la otra sostenía el fusil que le había

dejado su esposo.

—¡Suerte! —gritó.

Jeb continuó su avance. Dale miró hacia atrás.

Los inferiores habían paralizado sus ataques. ¿Cómo sabían ellos que se acercaba un parlamentario?

Al tender la vista de nuevo hacia el exterior, divisó tres blancas columnas de humo a unos mil metros de distancia.

Entonces comprendió la verdad. Jeb había tenido la suficiente habilidad como para poner a los inferiores de su parte.

Durante meses, había permanecido en la ignorancia respecto a los treinta mil esclavos, a quienes creía solamente unas mansas bestias de trabajo. Ahora se daba cuenta de la amarga verdad.

La ciudad estaba sitiada por completo. Y en su interior había un feroz ejército, que reanudaría sus implacables ataques apenas las columnas de humo blanco tomaran de nuevo el primitivo color negro.

En medio de un silencio casi absoluto, sólo turbado por los gritos de dolor de los heridos, Jeb llegó a veinte pasos de la muralla. Alzó la voz y gritó:

—¡Os ofrezco la paz! ¡Aceptadla ahora que todavía es tiempo!

CAPITULO XII

Olshust se incorporó, tembloroso y aturdido. Sus ricas vestiduras estaban manchadas de la sangre que le había salpicado al morir el mercenario que había intentado disparar contra Jeb.

—¿Qué..., qué contesto? —preguntó, irresoluto—. Aconséjame, Dale.

Ella se mordió los labios.

—Ese maldito Igor ya debería estar aquí—dijo—. Con sus fusiles, seríamos invencibles...

De pronto, se volvió hacia Olshust.

—¿No te sientes capaz de conseguir que tus hombres resistan solamente veinticuatro horas más? —pidió.

—Lo..., lo intentaré...

—Entonces, contesta a Jeb. Dile que no aceptas su propuesta. ¡Vamos, pronto!

Olshust se irguió.

—¡Jeb, guerra! —aulló.

El joven se extrañó de la respuesta. Pero al ver a Dale junto a Olshust lo comprendió todo.

Y también se dio cuenta de que había algún motivo en la negativa. ¿No podía ser que aguardasen la inminente llegada de Massepov?

Con Treinta mil fusiles, la derrota de sharmos y dvadios resultaría inevitable.

—Está bien, tú lo has querido —contestó.

Tiró la bandera blanca a un lado y regresó por el mismo camino.

—Han elegido la guerra —informó.

Thalia se puso seria.

—Están locos. Morirán miles de seres...

—Ordena que los señaleros hagan humo negro —cortó él fríamente—. No tenemos otra elección.

Thalia asintió. Mientras, Jeb utilizó el pequeño transmisor de radio que había pertenecido a Veyn. Sago tenía el otro en el lado opuesto de la ciudad.

—Sago, haz que tus arqueros se dediquen especialmente a los que están armados con fusil. Diez arqueros por un fusilero, ¿entendido?

—Sí, Jeb.

—Transmite la orden a Ulux. Olshust se niega a rendirse.

—Conforme.

El combate se reanudó. Pero los sitiados empezaron a desmoralizarse cuando vieron que los fusileros caían inexorablemente. Los que pretendían utilizar el fusil de algún caído, eran acribillados a su vez por las flechas de los asaltantes.

Por otra parte, el ataque interno de los inferiores contribuía a rebajar la moral de los sitiados. El asalto a la ciudad era ya cuestión de minutos.

De repente, se oyó un grito general que brotaba de los labios de todos los combatientes de uno y otro bando.

Jeb alzó la cabeza. Mientras él palidecía, Dale lanzó un chillido de triunfo:

—¡Ahí está Massepov! ¡Nuestra es la victoria!

En el mismo momento llegó una flecha y traspasó su cuerpo de parte a parte. El proyectil entró a la altura del estómago y salió junto a la columna vertebral.

Dale se arrodilló. Lloraba, pero menos de dolor que de rabia por saberse morir cuando ya tenía el triunfo al alcance de su mano.

Olshust, espantado, se tiró de bruces al suelo. Dale se derrumbó a su lado, pataleó un poco y luego se quedó quieta.

La astronave, enorme, reluciente por todos los puntos de su colosal estructura, descendía lentamente hacia la superficie. Jeb se dio cuenta de que su capitán pretendía tomar tierra entre la muralla y las primeras filas de los sitiadores, ya que la anchura de las calles resultaba insuficiente para un aterrizaje cómodo.

A bordo de aquel aparato llegaban treinta mil fusiles, sin contar los posibles mercenarios que Masepov habría contratado en la Tierra. Con doscientos fusileros resueltos, podrían iniciar un contraataque de contención, hasta que se sintiesen lo suficientemente fuertes para dar la batalla definitiva.

Jeb apretó las mandíbulas. Las flechas eran impotentes para combatir a aquel colosal aparato que medía casi cien metros de largo por cuarenta de diámetro. La nave estaba a unos ochocientos metros de altura y, con los prismáticos, podía ver ya abiertas numerosas escotillas, por las que asomaban docenas de cañones de fusil.

—Si se me hubiera ocurrido construir alguna catapulta... —murmuró.

El descenso de la nave era muy lento, debido a la lógica precaución de su capitán para evitar daños en la toma de tierra. De repente, concibió una idea.

Era absurda, descabellada... incluso desesperada, pero tal vez la única viable en semejantes condiciones. Un asalto en masa contra la astronave sólo acabaría en una sangrienta matanza. Los ocupantes del aparato podrían disparar impunemente y matar a miles de atacantes, desmoralizando lógicamente a los supervivientes, que se sentirían incapaces de conseguir el triunfo.

Pero si su idea daba resultado...

Agitó la mano.

—Retrocedamos —ordenó—. Thalia, haz correr la voz. Es preciso que nos agrupemos todos en un cuadrado. Cien filas de a cien hombres cada uno. ¡Rápido, la vida nos va en ello!

Los guerreros obedecieron con presteza. El cuadro quedó formado al fin, un tanto irregular, pero de filas muy compactas, con la separación suficiente entre cada hombre para poder manejar el arco con comodidad.

Jeb estudió el descenso de la nave. Se posaría a cien pasos de las

primeras filas. Todavía estaba a doscientos metros de altura.

—Preparad los arcos —ordenó—. Disparad sólo una flecha, pero todos a la vez, cuando yo haga un disparo con mi fusil.

La orden fue transmitida rápidamente. Diez mil arcos se tendieron hacia la nave.

—Apuntad todos al centro —gritó Jeb.

—Están locos —rió Masepov, al contemplar la escena desde una de las lucernas—. Piensan derribarnos con arcos y flechas...

Jeb aguardó todavía unos segundos más. De pronto, alzó el fusil y disparó.

Diez mil pesadas flechas partieron silbando hacia la nave. Jeb sabía que aquellos largos proyectiles llegaban a su blanco con una potencia de impacto de casi cien kilos, debido a la inercia. Por tanto...

La nave recibió un impacto de mil toneladas. Pesaba más, pero era un golpe imposible de resistir. Diez mil flechas rechinaron al rebotar en el metal. La nave, sin embargo, se ladeó bruscamente.

Masepov gritó de rabia. En vano se precipitó a los controles, con el ansia desesperada de evitar la catástrofe.

Literalmente, la nave volcó, girando casi completamente sobre su eje longitudinal. Luego se precipitó, a tierra desde unos cien metros de altura.

La estructura resistió, pese al impacto que hizo temblar el suelo como si se tratase de un terremoto. Pero Jeb sabía que no había ser humano que pudiera resistir la caída desde tanta altura.

Aguardaron unos minutos. Nadie salió de la nave.

En la muralla, Olshust presenció la catástrofe y abandonó todas las esperanzas en el acto. Hizo buscar un trapo blanco y lo agitó frenéticamente.

Jeb respiró aliviado. Sin poder contenerse, rodeó los hombros de Thalia con su brazo. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas, pero eran de alegría,

Un clamoreo ensordecedor se dejó oír en las filas de los sitiadores. Jeb pensó que aquella batalla había servido para traer la paz a Skivor.

—Arrojaremos los fusiles al mar —dijo—. Esa clase de armas deben ser proscritas totalmente.

Abatido, Olshust, seguido por algunos oficiales, salió de la ciudad. Cuando llegó frente a Jeb, dijo resignadamente:

—Pongo mi vida en tus manos.

—Yo no soy nadie aquí, aunque haré todos los posibles para que sigas viviendo, Olshust. No habrá ya más muertes; en lo sucesivo, sólo reinará la paz entre los nativos de Skivor, cualquiera que sea su pueblo o su raza.

—Se necesitará un gobierno común —dijo Olshust—. Por mi parte, estoy dispuesto a traspasarte mis poderes.

Jeb arqueó las cejas.

—Eso es algo que ya discutiremos en otro momento —respondió—. Ahora es preciso que nos ocupemos de los heridos y de los muertos.

—Tú mandas —insistió Olshust.

* * *

La primer ministro Elsa Cranton se sentía muy nerviosa.

Había accedido al cargo poco tiempo antes. Se preguntó si sabría desempeñar bien su papel de anfitrión del rey Ruddux de Skivor y de su esposa Thalia,

Además, había otros asuntos que tratar con los regios visitantes. El suministro de «critio» ocupaba un papel principal en las conversaciones.

La nave aterrizó por fin. Se abrió una escotilla. Un hombre y una mujer, ataviados más bien modestamente, descendieron por la escalera, con las manos juntas.

Elsa creyó que se le saltaban los ojos.

—El rey de Skivor es... Jeb Carr...

La compañía de guardias rindió los honores de protocolo. Venciendo su sorpresa, Elsa avanzó hacia la real pareja.

—Majestades...

Jeb se echó a reír.

—Una buena sorpresa, ¿eh? —comentó—. Yo también me he sorprendido cuando me informaron que el primer ministro era la ex fiscal Elsa Cranton. Te felicito, Elsa.

La primer ministro se sonrojó.

—Jeb... digo, majestad...

—Hablabamos más tarde, Elsa. Ahora, por favor, atendamos al protocolo.

—Sí, majestad.

Había bastantes nativos skivorianos en el séquito de Jeb y Thalia. Altos oficiales se encargarían de atenderlos.

Elsa llevó a la pareja a su residencia. Después de un prudente descanso, se reunió con Jeb y Thalia en su salón privado.

—Tenemos que hablar, majestades...

—Elsa, cuando estemos a solas, deja los protocolos y las ceremonias a un lado —cortó Jeb—. Ya sabes cuál es mi nombre terrestre.

—Pero ahora te llamas Ruddux...

—Es la contracción de una serie de nombres skivorianos que significan «el más veloz, el más rápido, el más inteligente y el más guapo» —rió él desafortadamente—. A propósito, ¿queda todavía alguna botella de mi vino?

—Oh, qué cosas tienes... —Elsa se echó a reír de pronto—. Sí, las decomisé todas —confesó.

Jeb probó el vino minutos más tarde.

—Ha mejorado con el paso del tiempo —dijo.

—Es muy bueno —declaró Thalia.

—Pero no conviene abusar o uno pasa muy malos ratos, ¿verdad, Elsa?

—Estabas deprimido. Era lógico, aunque las cosas empiezan a cambiar, Jeb —contestó la aludida.

—Sí, sobre todo, siendo tú primer ministro. Es preciso tener siempre en cuenta que los seres humanos no son sólo cifras de una estadística. Si no lo olvidas jamás, triunfarás, Elsa, te lo pronostico.

—Gracias, Jeb. Pero, dime, ¿cómo llegaste a rey...?

—Los jefes me eligieron. La propuesta, curiosamente, partió del jefe derrotado —sonrió el.

—No había otro más adecuado para ocupar el puesto —aseguró Thalia, con acento cargado de pasión.

Elsa miró a la joven y sonrió comprensivamente.

—Tu esposa es muy guapa, Jeb —elogió—. ¿Sabes?, seguí tu consejo. Voy a tener un niño.

—Vaya, de modo que por fin se te ocurrió casarte...

—Tus palabras me hicieron meditar mucho. La entrevista que sostuvimos el día del juicio resultó fructífera para mí.

—Te felicito, Elsa.

—Ya soy algo madura..., pero nunca es tarde... En fin, dejemos esto y hablemos del «critio», Jeb. ¿Cuáles son vuestras propuestas?

—La Tierra tendrá todo el «critio» que precise, pero nosotros necesitamos máquinas y herramientas. También nos enviaréis maestros y técnicos... pero ni una sola arma. Y los maestros y técnicos que se desplacen a Skivor deberán acatar inflexiblemente las leyes de nuestro planeta.

—No es un mal trato —aceptó Elsa—. Estudiaremos luego los detalles, si te parece.

—Por supuesto.

Elsa rió de pronto.

—Acerté en la elección —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Jeb, sorprendido.

—Hacía tiempo que conocíamos ya la existencia del «critio». También sabíamos que había un grupo de desaprensivos que intentaban conseguir el monopolio de ese metal. Sólo se les podía combatir de una forma. No se podía enviar una serie de agentes más o menos secretos, porque Massepov y compañía estaban apoyados por el

anterior gobierno.

—Sí, pero yo...

—Tu entrenamiento, hombre.

Jeb se quedó sin aliento.

—Ahora comprendo...

—Los médicos que te atendían durante tu entrenamiento de supervivencia hicieron maravillas con tu organismo. Sabíamos que ibas a un país hostil. Tenías que sobrevivir, no sólo para ti, sino para la Tierra. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, pero yo no recuerdo...

—Muchos de tus entrenamientos fueron realizados bajo hipnosis. A decir verdad, empecé a pensar en ello cuando decidiste aceptar la sentencia de destierro. Había muchos que pensaban como yo; no era posible permitir por más tiempo la existencia de un Gobierno deshumanizado y deshumanizador. Las cosas cambiarán aquí de ahora en adelante, te lo aseguro.

Jeb acabó por sonreír.

—En todo caso, me felicito de tu elección —dijo—. Pero aún hay quien se alegra más que yo.

Y rodeó con el brazo la cintura de su esposa.

—Lo encuentro muy lógico —contestó Elsa—. Jeb, ya no eres un desterrado. Eres más que un rey: eres un hombre libre.

F I N